

Año XXI. Núm. 18

Julio-Agosto, 1941.

# BABEL

18

## REVISTA DE ARTE Y CRITICA

Homenaje a Guillermo Enrique Hudson  
en el centenario de su nacimiento

Enrique Espinoza:

LA RECONQUISTA DE HUDSON

Luis Franco:

HUDSON EN LA PAMPA

Manuel Rojas:

EL ANIMISMO DE HUDSON

Ernesto Montenegro:

HUDSON, NOVELISTA DE LA NATURALEZA

Hernán Gómez:

EL RASTRO DE HUDSON

Ciro Alegría:

UNA LECCION DE HUDSON

Guillermo Enrique Hudson:

UNA LIBRERIA DE VIEJO; DOS CASAS BLANCAS; UN  
RECUERDO; BRUNO LOPEZ O LA SOLEDAD

**NASCIMENTO**

BUENOS AIRES

SANTIAGO DE CHILE

NUEVA YORK

## COLABORAN EN ESTE NUMERO

ENRIQUE ESPINOZA.—Director de BABEL. Ha publicado: *La levita gris*, *Ruth y Noemí*, *Trincheras*, *Compañeros de viaje y Chicos de España*, Anuncia: *El espíritu criollo* y *De Heine a Trotsky*. "La Nación" de Buenos Aires, adelantó en 1934 las primeras tres o cuatro páginas del ensayo que aparece en este número.

LUIS FRANCO.—Es autor de *La flauta de caña*, *Coplas*, *Libro del gay vivir*, *Nuevo Mundo*, *Los trabajos y los días*, *Suma*, en verso. *Los hijos del Llastay*, *El general Paz y los dos caudillajes*, *Biografía de la guerra* y *Walt Whitman*, en prosa. Prepara un libro sobre Hudson.

MANUEL ROJAS.—Cuenta entre sus obras: *Hombres del Sur*, *Tonada del transeúnte*, *El delincuente*, *Lanchas en la bahía*, *Travesía*, *La ciudad de los Césares*, *De la poesía a la revolución*. "El animismo de Hudson" forma parte de una conferencia pronunciada en el Instituto Chileno-Británico de Santiago, el 4 de agosto de 1941.

ERNESTO MONTENEGRO.—Actualmente en Nueva York. Ha publicado: *Puritania* y *Mi tío Ventura*, además de numerosos artículos y ensayos en la prensa argentina, chilena y norteamericana, que forman varios volúmenes. Ha traducido *Mansiones Verdes* de Hudson a nuestro idioma.

HERNAN GOMEZ.—*Alabanza* y *Sonata del amor filial* se llaman los dos únicos libros que ha publicado. Ejerce el periodismo en la ciudad de Rosario y prepara un libro de añoranzas campestres del que BABEL adelantó un capítulo en su número anterior.

CIRO ALEGRIA.—Ha escrito en Chile: *La serpiente de oro*, *Los perros hambrientos* y *El mundo es ancho y ajeno*. Esta última novela obtuvo el primer premio en el concurso interamericano que organizaron los editores Farrar and Rinehart, de Nueva York, y fué traducida al inglés, portugués y sueco.



GUILLERMO ENRIQUE HUDSON  
(1841-1922)

...Leí la carta con el corazón lleno de angustia, sintiendo que mi hermano tenía razón; pero su pedido me había llegado demasiado tarde.

Ahora, después de tantos años, me vuelve esa angustia y cuando pienso en aquella tierra tan abundante de pájaros, en aquellos montes frondosos y pastos tan frescos, no puedo menos de pensar que después de todo tal vez elegí mal entre los dos senderos que se me ofrecían en aquel entonces.

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON

Del prólogo a «Pájaros del Plata», 1920.

Enrique Espinoza

## LA RECONQUISTA DE HUDSON

Una de las muchas ironías de la historia literaria —tan pródiga en salidas de este género— ha determinado que el más criollo de los escritores nacidos a orillas del Plata, Guillermo Enrique Hudson, lo fuese antes que en el idioma de los conquistadores españoles, en el de los tardíos invasores ingleses, vencidos justamente en las inmediaciones del lugar de su nacimiento. De ahí el título —que luego acertó, sin duda para que no se creyera en ningún momento que aquella derrota le importaba— de su novela inicial: *The Purple Land that England Lost* (La Tierra Purpúrea que Inglaterra perdió), una parte no más de la Historia de la casa de los Lamb; y de ahí también los asuntos igualmente autóctonos de los primeros libros que firmó con su verdadero nombre en la misma ciudad de Londres y que son: *Un Naturalista en el Plata*, *Días de ocio en la Patagonia* y *El Ombú*. En este último narra de entrada uno de los episodios más pintorescos de aquella frustrada invasión.

Incluimos *El Ombú* entre las obras iniciales de Hudson, porque las notas para dicho cuento, uno de los cuatro del volumen y el que le dá título, fueron tomadas, según lo recuerda el autor en el apéndice del mismo, “el año de la gran polvareda”, en Chascomús, alrededor de 1870. Es decir, un lustro más o menos, antes de que abandonara para siempre su país nativo.

A estos años que son los de la juventud de Hudson pertenecen también las aventuras revividas con tanto ingenio en *La Tierra Purpúrea*, los cuentos que formaron más tarde con “El Ombú” el

libro *Tales of the Pampas* (título puesto por algún editor desaprensivo); y sobre todo, las experiencias y observaciones magistralmente descritas en *Días de ocio en la Patagonia* y *Un Naturalista en el Plata*, libros a los que podríamos agregar *Ralph Horne*, un impresionante relato acerca de la epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires, el año 1871. Pero Hudson quiso olvidarlo como folletín en un periódico de Londres y sólo vino a editarse en Nueva York después de su muerte.

Todos estos primeros frutos literarios que crearon tras amargas luchas, —a causa de su misma excelencia— la fama de Hudson en Inglaterra, no hallaron eco alguno entre sus compatriotas más cultos, tan necesitados sin embargo (entonces como ahora) de un intérprete universal de su tierra incógnita.

Pero ¿qué mucho, si el mismo *Martín Fierro* con estar escrito en un lenguaje menos distinto del de los literatos de aquella época que el inglés de Hudson, tardó más de cuarenta años en llegar a la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires? (\*).

Por suerte Hudson, según el testimonio de uno de sus mejores críticos y más fieles admiradores, Edward Garnett, era el escritor que menos se preocupaba de extender su reputación, pues era el hombre menos afecto al aplauso. La adopción de la ciudadanía británica lo salvó en un momento dado de la miseria. Y aunque como dice el citado Garnett, en el fondo de su espíritu yacía el recuerdo de sus fracasos, cuando sus memorias y artículos apenas le valían el salario de un deshollinador, fué reflejando en sus libros juveniles "todo el encanto de su humor irónico (teñido de aquella fineza española que le venía por derecho de nacimiento y que lo diferenciaba de todos los demás escritores ingleses)". Esto, aún antes de dar cima a sus evocaciones remotas y nostálgicas de *Far Away and*

(\*) En su "Historia de la literatura argentina", Ricardo Rojas plantea el problema de los escritores nacionales que escribieron en otros idiomas; pero no menciona siquiera el nombre de Guillermo Enrique Hudson a lo largo de toda la obra, que consta de cuatro gruesos volúmenes.

*Long Ago*, porque siempre asomaban a su pluma frescos recuerdos de aquellas "lejanías de antaño", como proponía traducir el título famoso, el escritor chileno Ernesto Montenegro, a quien se debe una excelente traducción de *Green Mansions* publicada por Zig-Zag.

Los hombres y los pájaros de las llanuras argentinas aparecen intermitentemente hasta en algunos de los libros más ingleses de Hudson y en diversas oportunidades nosotros hemos destacado en castellano páginas de antología como las tituladas: "El Cardenal", "Bruno López o la soledad", "Dos casas blancas: un recuerdo". Porque Hudson, al decir de don Roberto Cunningham Graham, debió pensar en español cuando escribió acerca de ellos y de la Pampa. Lo que no hace más que confirmar aquellas otras palabras de su prólogo a la edición argentina de *La Tierra Purpúrea*: "La manera cauta y silenciosa del gaucho de aquellos días está trazada como nadie que no haya nacido en la Pampa podría haberlo hecho. Hudson la ha conservado para siempre mejor de lo que lo han hecho los escritores modernos en parla gauchesca".

A este propósito vale la pena meditar aquella significativa página de *A Hind in Richmond Park* en la que Hudson cuenta cómo el gaucho Bruno López echó a perder el efecto extraordinario de su discurso sobre el canto de la perdiz, al intentar el remedo de su silbo. Vale decir, la imitación servil.

Desgraciadamente, el traductor de *La Tierra Purpúrea* no tuvo mucho en cuenta este viejo recuerdo aleccionador en su versión española de este libro. (Y menos todavía en la de *El Ombú*). Dejándose llevar por la moda falaz, dicho traductor con la intención más halagadora, quiso demostrar lo criollo que era Hudson por el camino que el maestro había superado, al dar como dice Cunningham Graham, "en vez de los términos del lenguaje del gaucho, que es tan fácil, la interpretación de su modo de pensar".

Horacio Quiroga, nuestro mejor cuentista, no ha dejado de verlo en forma insuperable. Con motivo de "El Ombú", justamente, afirmó hasta la evidencia este criterio, que compartimos en su totalidad:

“La circunstancia de un estanciero antiguo que incita a sus esclavos a manumitirse jurando que ellos están con él porque lo quieren y no porque son sus esclavos y que para afirmarlo descarga su trabuco sobre el primer ingrato que pretende rescatar a oro su libertad —tal como acaece en el primer relato de “El Ombú”, crea por sí sólo un tipo, una casta, un ambiente, una época. Nada agregaría a este vigoroso planteo de una personalidad el hecho de que el breve diálogo cambiado entre el patrón y el esclavo reprodujeran el léxico un poco corrompido del patrón y el más astroso del esclavo. La reacción en el alma del magnate rural es lo que colorea y afirma a éste en su ambiente”.

Es por esta hazaña de Hudson en el dominio del pensamiento que Inglaterra conquistó para sus letras lo que no pudo alcanzar ninguno de sus generales expedicionarios para sus armas. Y es mediante una versión del espíritu criollo de su obra —por lo menos de una parte de ella— que se puede reconquistar a Hudson como clásico de nuestra literatura. Porque si es verdad que escribió exclusivamente en inglés, fué como hemos visto, pensando muchas veces en castellano y con la vista puesta en la llanura donde había abierto los ojos a la luz primera.

El caso de Hudson es apenas comparable al de Santayana, el ensayista de origen español, que según propia confesión, escribió asimismo en inglés el mayor número de cosas no inglesas que ha podido. Pero mientras en Santayana como filósofo, prima lo adquirido y a ratos lo abstracto, en Hudson como artista puro y por haber permanecido en su tierra natal hasta la madurez, priman las emociones fundamentales de la infancia y de la juventud. Estas aparecen magistralmente descritas en sus dos obras capitales: *La Tierra Purpúrea* y *Allá lejos y hace tiempo*, del principio y fin de su carrera literaria.

\* \* \*

*La Tierra Purpúrea*, es para Cunninghame Graham “la obra de un joven, con toda la lozanía propia de la juventud; pero escrita con un entendimiento ya hartamente maduro. Aunque no corriera por sus ve-

nas, que yo sepa ni una gota de sangre latina, su actitud con respecto a la mujer, según se manifiesta en ésta su primera aventura novelesca, no tenía nada de anglosajón”. Su punto de vista era igualmente ajeno del gálico. Por tanto, impuramente indígena, como se apresura a insinuarlo entre líneas.

En efecto, si bien Hudson atribuye a su héroe un origen inglés, no deja de asegurarnos desde un principio que éste se había criado en nuestro país desde muy niño, al que había llegado a amar como propio y que jamás pensaba tener que abandonar.

En el curso de la novela, Hudson insiste muchas veces sobre las características nacionales —mejor dicho, criollas— del protagonista. En primer término, lo hace sentirse tan a gusto en el Uruguay —la Banda Oriental— como en la Argentina. Luego destaca en cada ocasión algún rasgo que lo identifica espiritualmente al menos, si no en su físico, con cualquier paisano del Plata. Así, tiene el don de alternar con todo el mundo. Es buen jinete. Habla sin acento extranjero. Se pasa de valiente a temerario.

Claro que su autor, como buen novelista y escribiendo en Inglaterra para ingleses, no deja de hacerlo reaccionar como tal en el primer capítulo, sin duda el más literario. Como que se titula con una alusión retórica circunstancial: *Peregrinaciones por la Troya moderna*.

El resentimiento británico todavía fresco entonces, por la pérdida de Montevideo, asoma en el soliloquio inicial del héroe trepado al característico cerro de la ciudad. Pero este nuevo romano imperialista no lo era de corazón. Y finalmente acabará por arrepentirse de todas las insensateces grandielocuentes y ajenas.

La tierra purpúrea opera el milagro. Hudson anota prolijamente las causas naturales apoyado en Spinoza, el único filósofo a quien cita en la novela. Como sucede siempre, son las mujeres las que acaban por hacerle amar el país al joven forastero. Paquita, Dolores, Margarita, Mónica, Demetria, Candelaria, Cleta... Por ellas sólo viviría este libro, dijo Unamuno. Y es lo más seguro si no median otros encantos igualmente considerables.

En verdad, la tierra purpúrea toda es como una hermosa mujer encinta de un mundo más justo cuyos hijos impacientes se desangran entre sí después de evitarle a la madre un parto demasiado cesáreo...

La lógica del agrónomo o botánico inglés que no encuentra ocupación productiva en ninguna estancia del país a causa del desorden general, explica su inmediata reacción frente a la hostilidad interna del medio. Hudson es bastante honrado como autor para anotar con todo su exceso, aunque a fuer de artista puro sueña a continuación fijar como un nuevo Teócrito la vida idílica que le sale al paso. Lo hace magistralmente, trazando al mismo tiempo el panorama sanguinario de la lucha real entre blancos y colorados. Procede aquí como los mejores novelistas de su tiempo. Y se anticipa medio siglo en destacar la figura representativa de un caudillo, que lo fué, en el orden nacional y no como Don Segundo Sombra en el orden doméstico.

También pinta en contraste con un colono irlandés completamente acriollado toda una colonia de bebedores británicos inadaptados y locuaces para quienes no existen las encantadoras mujeres del libro. El protagonista tiene un rasgo del todo moderno al anunciar en el texto a una de ellas su propósito de escribir *The Purple Land* en inglés para sus hijos, sin esperanza de que lo lean sus contemporáneos. (No menos de dos generaciones habían de pasar hasta que pudieran leerlo los nietos de aquéllos). Afortunadamente, la obra no ha envejecido y se la lee hoy con más agrado del que pudo habérsela leído en Buenos Aires o Montevideo a fines del siglo XIX. Por lo mismo que dicho período de la historia rioplatense ha hecho época.

Pero ¡qué diferente *La Tierra Purpúrea* de esas novelas criollistas hoy en boga! Hudson obtiene sus mejores efectos huyendo justamente de lo pintoresco y adentrándose en el reino del corazón, como el mismo dice, al analizar los sentimientos humanos más perdurables. No le interesan las acuarelas sentimentales. El propio paisaje forma en su estética parte integrante de aquel reino eterno. Su amor por lo bello tiene ante todo un sentido humano. Por eso

las distintas mujeres que se apasionan en el libro como en la vida por su héroe, desde la tímida madre soltera en aquel rancho donde hay una niña extrañamente llamada Circuncisión, hasta la rica y orgullosa estanciera Demetria Peralta, pasando por la hermosísima Margarita, la caritativa Dolores, la inolvidable Candelaria y la enardecida y pícara Clea... —todas vuelan a su alrededor sin quemarse como espléndidas mariposas en torno de una alta luz. Hudson, el naturalista, que de pronto encaja en la novela, sin cambiar el tono, cuanto sabe acerca de la vinchuca, es siempre poeta. Y al decir poeta, decimos todo un hombre.

Lo fué de veras, sin dualismo alguno, quien supo en su juventud afrontar la dramática existencia en la campaña uruguaya y asumir en su madurez la responsabilidad de exaltarla tal cual en un poema que penetra amorosamente la índole de sus habitantes nativos y británicos, reivindicando para los primeros en un sentido "Adios a la Tierra Purpúrea" hasta el derecho de asesinarse a gusto por la libertad. Porque "no sólo de pan vive el hombre, y la ocupación inglesa de un país no brinda cuánto el corazón anhela".

\* \* \*

Si en *La Tierra Purpúrea* el héroe o sea la contrafigura del autor, enamórase de la Banda Oriental a través de algunas lindas mujeres criollas, en *Allá lejos y hace tiempo*, que Hudson relata en forma directa como una genuina historia de su primera edad, aquel cariño entrañable muestra sus raíces más profundas en la pampa cimarrona de hace un siglo: el paraíso de los pájaros.

Los largos años pasados en Inglaterra le hacen hablar siempre como un inglés y para ingleses; pero retrotraído paradójicamente a su infancia durante una enfermedad de su vejez, Hudson se siente de nuevo libre y feliz con las venturas dejadas allá lejos y hace tiempo. A tal punto, que logra salvar una parte considerable de la historia incipiente del país confundida con la suya.

Ni que decir entonces que Cunninghame Graham acierta una vez

más cuando asegura en otro estudio sobre Hudson: "Aunque extranjero de sangre, era argentino en todo lo esencial, ya que el ambiente siempre influye más en la vida que la raza".

El medio primitivo de la Pampa era en efecto el fundamento característico de la personalidad intelectual de Hudson. Nacido y criado en las vastas llanuras de la provincia de Buenos Aires formóse en virtud de ellas como buen hijo del país, no obstante la empeñosa instrucción inglesa que le procuraron sus padres a falta de otra en nuestro idioma.

Desde luego, la naturaleza circundante suple con ventaja la escuela oficial que no existe bajo la tiranía de Rosas; pero así el inglés hogareño debe convertirse en la única lengua de la cultura cuando apunta en el chico angloargentino la vocación científica de Darwin, que sin embargo es la misma de Azara y del Padre Molina.

En uno de los últimos capítulos de *Allá lejos y hace tiempo*, Hudson evoca cierto episodio de su menguada formación intelectual, harto significativo a nuestro juicio. Se trata de una ocurrencia de su hermano mayor que intenta sacar una revista manuscrita interfamiliar todos los sábados. El proyecto fracasa en el primer número a causa de la oposición violenta de otro hermanito, reacio a poner en la empresa un solo cobre y contra quien amenaza volverse iracundo el joven editor del periódico. Delicioso episodio en suma, de fina psicología infantil, que Hudson remata magistralmente con estas palabras: "Creo, con la experiencia adquirida después, que si la revista hubiera durado aunque más no sea que unas pocas semanas, me habría acostumbrado a anotar mis observaciones, hábito sin el cual la observación más aguda y la memoria más feliz de nada sirven al naturalista".

A la destrucción de los originales inéditos del Buzón de Lata, como se llamaba el periódico en cuestión, aludiendo al tosco adnículo que contenía aquellos, entre los que se hallaba la primera historia acerca de algún pájaro interesante observado por el pequeño Guillermo Enrique, atribuye nuestro autor la pérdida de gran parte del resultado de seis años de vida en contacto con la naturaleza

salvaje. Habrían de transcurrir otros seis hasta que reconociera la necesidad de anotar sus observaciones. Sin embargo, igual número de décadas, no de años más tarde, Hudson encuentra en medio de los achaques de su ancianidad el tiempo perdido... Y entonces las notas definitivas que toma en solo seis semanas, febrilmente, constituyen las páginas excelsas de *Allá lejos*...

La casa encantada de su nacimiento con los veinticinco ombúes que le daban nombre; los distintos aspectos de la llanura en el verano y en el invierno; su primera visita a Buenos Aires con sus paseos solitarios a orillas del Plata; las innumerables aventuras de caza y pesca en los alrededores de la laguna de Chascomús; el retrato de sus padres y hermanos así cómo el de los vecinos más próximos: ingleses y criollos; todo ese mundo desvanecido de gauchos patriarcales en decadencia junto a algunos exhombres venidos a la Pampa quien sabe de dónde y para qué, desfila por el libro iluminado por la evidente nostalgia del autor, que aflora sin límites en el recuerdo consecutivo de los maravillosos pájaros de aquella privilegiada región de la tierra.

¿Qué mejor prueba de que Hudson llevaba intacta en su espíritu la imagen de cuanto había visto en los primeros años de su vida y que hizo de él para siempre, a pesar de todos los cambios, un verdadero hijo de la Pampa? *Allá lejos y hace tiempo* es en este sentido un libro único, incomparable dentro de la literatura criolla.

El trasfondo de las luchas políticas y sociales no alcanza en él tanta importancia como en *La Tierra Purpúrea*, porque Hudson se aparta lo menos posible de sus recuerdos infantiles directos. Con todo, no faltan algunas reflexiones sobre la tiranía de Rosas, el conflicto entre unitarios y federales que le parece una lucha entre "cuervos y urracas", además de variadas opiniones sobre tópicos y personajes afines.

Hudson prefiere no arriesgar un juicio definitivo sobre Rosas y su época. Es aquí menos explícito que en su vigoroso cuento "El Ombú" aunque mucho más profundo al explicar el humor sardónico del tirano a cuyo bufón, el "general" Eusebio, si lo ha visto pa-

sar un día con su escolta de doce soldados vestidos todos como él de rojo.

Con quien se muestra particularmente severo es con Urquiza: "la mano derecha del tirano, un feroz degollador como no hubo otro". Respecto a Rosas, Hudson sentimentaliza un poco haciéndose cargo de una leyenda o versada grata a su corazón. Pero ubica en forma errónea el suceso del canto o cuento del benteveo unos veinte años antes de su nacimiento, es decir cuando Rosas aún no había llegado al poder. Sin embargo, entre las razones que lo llevaron de niño a compartir las simpatías de su padre por el dictador, (casi todos los ingleses residentes fueron sus partidarios y Hudson como los propios gauchos no hace diferencia entre ingleses y norteamericanos) se permite decir de paso algunas cosas graves contra la barbarie desencadenada en Buenos Aires, que juzga entonces la ciudad más pestífera del mundo.

\* \* \*

La exacta historia de la primera edad de Hudson, apenas esbozada en las páginas precedentes por considerar nosotros su lectura una introducción indispensable al conocimiento directo de su autor, comprende un análisis muy sagaz del animismo infantil que perdura en ciertos hombres hasta la muerte. Hudson era uno de ellos precisamente y a él son aplicables las propias palabras que dedica al novelista ruso Sergio Aksakoff en la capítulo XVII. Pero empeñado a su vez en no prestar al libro de sus recuerdos nada que no pertenezca enteramente a su infancia, Hudson concluye *Allá lejos y hace tiempo* con las primeras experiencias místicas que le sobrevienen al cumplir quince años a raíz de una enfermedad contraída en Buenos Aires.

Por tanto, aquel sentimiento animista convertido en panteísmo superior, es preciso buscarlo en otro libro, que si bien se adelanta un cuarto de siglo a *Allá lejos*... continúa sus huellas ocultas en la vida de Hudson.

*Días de ocio en la Patagonia*, como ya dijimos, pertenece con *La Tierra Purpúrea* y los cuentos de *El Ombú* a la primera época de nuestro autor. Por su estructura se asemeja mucho a *Un Naturalista en el Plata*, libro que halla editor un año antes, pero cuyo material data también de la juventud de Hudson, porque una vez abandonado el puerto de Buenos Aires no volvió más a este continente sino en alas de una fantasía literaria para crear la extraña heroína de su novela *Mansiones Verdes*.

En *Un Naturalista en el Plata*, Hudson reúne la mayor parte de sus trabajos sobre la fauna de su país nativo. Algunos de estos ensayos como la "Biografía de la vizcacha", fueron escritos o comenzados al menos, durante los últimos años de su residencia en la Pampa. Otros como "El caballo y el hombre" mucho tiempo después, en Londres, con cierta nostalgia reprimida, que se revela sobre todo en su anécdota final (\*). El hijo de la llanura conservó siempre el gusto por la equitación aun cuando en Inglaterra vióse obligado a substituir el caballo —lujo costosísimo— por una modesta bicicleta.

La índole misma de *Un Naturalista en el Plata* determina que su contenido sea más científico que literario. Así, por ejemplo, las observaciones de Hudson acerca del puma, "el amigo del cristiano", con ser personales, no dejan de agotar el tema también desde un punto de vista objetivo.

El artista de *La Tierra Purpúrea* logra igualmente aquí una prosa incisiva y plástica que llama de inmediato la atención de los entendidos, a tal punto que Alfred Russel Wallace declara *Un Naturalista en el Plata*: "absolutamente único entre los libros de historia natural". Uno de los capítulos de dicho volumen: "Lugar de muerte de los guanacos", puede considerarse por su insospechada ubicación austral como el puente que conduce al conjunto simultáneo de observaciones de viaje llamado *Días de ocio en la Patagonia*.

(\*) Véase BABEL Núm. 6 y nuestro libro *Trinchera* donde la resumimos en un discurso a los niños de la Escuela Guillermo Enrique Hudson, así bautizada por el Consejo Nacional de Educación justamente el 18 de agosto de 1932, según iniciativa nuestra.

Libro de viaje de un naturalista debía ser éste; pero resultó más bien descubrimiento del alma de una tierra ignorada y remota. Hudson estaba señalado para su revelación definitiva en las letras, pues al rigor científico unía la imaginación de un poeta capaz de remontarse a épocas abolidas. Al decir de Edward Garnett, confirmado por un famoso antropólogo, hasta en su propio físico Hudson era un vigoroso cacique de la Edad de bronce. Y aquí en el valle del Río Negro consigue ayudado por la naturaleza intacta de la región, alejarse aun más en el tiempo. Exactamente como habría de hacer muchos años después Horacio Quiroga en su cuento "El Salvaje", guardando es claro las distancias en otro sentido. Porque Hudson tiene además una filosofía, una concepción del mundo que no hace distinciones entre el sueño y la realidad, la carne y el espíritu.

De las circunstancias adversas de su vida extrae siempre una emoción de felicidad inédita. También por este lado *Días de ocio* anticipa el proceso estético de *Allá lejos*. . . Un accidente convierte al naturalista en holgazán y a ello debemos algunos de los mejores capítulos del libro, empezando por el que cuenta su aventura con una víbora de la cruz y siguiendo por el que le da título a la obra para no decir nada del que se refiere al canto de los pájaros.

En la Patagonia, Hudson, *malgré lui*, es más afortunado como poeta que como naturalista. Colecciones hermosas y raras se le extravían al regreso, lo que considera un rudo golpe, mucho más doloroso que el balazo que recibe en la rodilla. No pierde, sin embargo, el humor ante los enigmas indescifrables de la Naturaleza, "pues ella es la única mujer capaz de guardar un secreto hasta para uno de sus amantes".

En recompensa, el escritor saca de sus experiencias cotidianas todo el partido posible y organiza su libro de tal modo que logra meter en él veintiocho años más tarde una interesante digresión sobre los ojos de los ingleses.

Más notable, sin duda, es desde idéntico punto de vista, el capítulo acerca de la guerra con la Naturaleza, uno de los más pro-

fundos del libro, que puede aplicarse igualmente a la lucha social implícita, así como a la necesidad tantas veces sentida por los hombres de una resistencia organizada. Hudson mismo describe a continuación muy vividamente la que opusieron los patagones a los imperialistas brasileños de comienzos del siglo XIX. Su antipatía por éstos últimos despunta ya en *La Tierra Purpúrea*.

Como historias extraordinarias dentro y fuera del conjunto merecen recordarse muy especialmente la de un perro desterrado, "Mayor", que Hudson cuenta con gran sobriedad, en forma directa; y la de un pobre hombre que se fué a salvar con los indios para reintegrarse a su pueblo al cabo de treinta años. El naturalista arranca esta última tal cual a su hospedero, patagón y tatur, limitándose a comentarla en las líneas finales con un dejo de tristeza que traiciona su propio corazón.

En *Días de ocio en la Patagonia*, Hudson prefiere ya la opinión entusiasta de Azara, el ornitólogo, a la menos fundada o más pasajera de Darwin sobre los pájaros sudamericanos. Discute asimismo con igual respeto a Melville y a Thoreau juicios divergentes sin ir a sumarse a los clásicos de los Estados Unidos, a pesar de su parentesco no solo intelectual.

El futuro habitante de Londres hállase aun *at home* lejos de cualquier centro civilizado, en el desierto gris de la Patagonia, auscultando su yo más antiguo, más profundo, más primitivo y el que más persiste, sin ser científico ni místico.

"Para mí no hay nada tan delicioso como ese sentimiento de alivio, de desahogo y libertad que se experimenta en una vasta soledad donde el hombre tal vez nunca ha vivido o por lo menos no ha dejado rastros de su existencia" —escribe Hudson al comienzo de sus *Días de ocio*. . . Y toda la clave del libro está en el esfuerzo por hacer consciente la injusticia que comporta una vida en desacuerdo con las leyes de la Naturaleza, que después de todo triunfan sobre las de los códigos.

La conclusión de Hudson surge nítidamente al final del capítulo sobre las llanuras de la Patagonia: "Hasta que no tengamos una ci-

vilización mejor, más llevadera y más igual en sus progresos, sobre todas las clases, si es que debe haber clases, es tal vez una suerte que hayamos fracasado tanto queriendo eliminar al *salvaje* que hay en nosotros”.

Lejos de su medio nativo y auténtico, Hudson apenas se siente vivir, pues no es hombre de adaptarse al cartabón vulgar del montante imperialismo británico. La vida pastoril y libre habíalo hecho contemplativo y soñador. En Inglaterra, durante los años más sombríos de su refugio londinense, no le queda más remedio que cantar como un pájaro enjaulado aquella tierra esplendorosa en toda su intacta desnudez. De sus apuntes polvorientos de la Pampa extrae a principios del siglo una de las mejores historias de la literatura inglesa contemporánea: “El Ombú”.

No le fué fácil a Hudson encontrar en Londres editor para un cuento de tan extraño título. Heinemann se negó a publicarlo en volumen junto a “Un overo”, “Niño Diablo” y “Marta Riquelme”. Pero su asesor literario, Edward Garnett hizo causa común con el autor rechazado y desde aquel entonces fué uno de los más comprensivos críticos de Hudson, a quien sobrevivió no menos de quince años como albacea de su gloria. Porque ha sido grande la fortuna de esta nouvelle, hoy considerada como una de las mejores de todos los tiempos. Con lo que no ha dejado de arrojar alguna sombra sobre las restantes narraciones del libro, eclipsándolas.

Sin embargo, “Historia de un overo”, aparecida originalmente en *La Tierra Purpúrea*, lo mismo que “Niño Diablo” y “Marta Riquelme”, basadas ambas en leyendas populares del norte y sur del país, tienen desde nuestro miraje criollo suma importancia, si bien nunca igual a la que alcanza por separado “El Ombú” como historia verdaderamente representativa.

No hay en toda la novelística criolla del siglo XIX si exceptuamos una que otra página de Sarmiento ningún relato histórico semejante a “El Ombú” que, para mayor gracia, lleva de acápite la ingenua estrofa de Domínguez sobre la Pampa, sin mención de autor.

Hudson traduce al inglés más puro la historia verídica escuchada en su infancia o en su juventud al viejo gaucho llamado Nicandro en el relato. De creerle —y por qué no?— el sólo agrupa las incidencias del cuento a su gusto. Pero como este último no es vulgar sino exquisito y nada literario, logra una obra maestra de pujanza bravía y honda penetración psicológica.

Además del viejo Nicandro, presente de suyo en el relato a través de lo que va narrando, surgen del mismo las figuras imborrables de Santos Ugarte, “El padrillo blanco”, que tenía tantos hijos sin tener ninguno propio y que mata porque sí a un esclavo negro que no lo considera justamente un padre para él; de Valerio de la Cueva en quien se da en conjunto lo mejor del espíritu criollo y que con su quijotismo provoca su propia muerte, la de su idolatrado hijo, Bruno, y la del mismo general Barboza, ese monstruo sanguinario “de ojos azules y rubio como un inglés”: personificación de los caudillos depredadores que habían de apoderarse de las provincias argentinas más ricas después de la Independencia. Porque la historia de Hudson empieza en las postrimerías de la Colonia.

Entre las figuras secundarias del relato es imposible olvidar por lo menos a las dos figuras femeninas que ponen una nota de ternura en él: Donata y Mónica. Son dignas hermanas de las que aparecen en *La Tierra Purpúrea* para no decir idénticas, que no lo son. Mónica, “la loca del Ombú” que sobrevive a todos los habitantes de la estancia así llamada, pierde la cabeza cuando llega un veterano, alterado a su vez por los horrores de aquel militarismo, con la noticia del asesinato de su novio, que no es otro que Bruno, el hijo ya hecho hombre del noble Valerio de la Cueva.

No hay tampoco en lo que va del siglo XX y dentro de las letras sudamericanas un relato histórico comparable al que acabamos de referirnos. Y lo más extraordinario está en que Hudson condena en “El Ombú”, olvidándolos, todos los trucos del criollismo y de la gauchería. En el extenso relato del viejo Nicandro apenas puede contarse una docena de palabras típicas del campo argentino. Logra dar la impresión general del país y la particular de la vida de sus habitantes, apelando como los mejores novelistas modernos, al

testimonio de su historia política. Así encaja una escena de la invasión inglesa a Buenos Aires y otra del juego llamado del pato que practicaban los gauchos y que les fué prohibido por el tirano exaltado por ellos. Escrupuloso hasta el exceso, en el temor de que a sus lectores les parezca increíble que al paso "del odioso invasor extranjero en su marcha a la capital, donde reinaba la más grande confusión y se hacía toda clase de preparativos para la defensa, un número considerable de hombres se estuviera entreteniéndose con el juego del pato" añade un apéndice aclarador del hecho. Entre otras cosas convincentes dice: "Para aquellos que están familiarizados con el carácter del gaucho, esto no tiene nada de increíble, porque el gaucho carece o carecía de patriotismo y veía en todo gobernante, en toda autoridad, desde la más alta a la más baja, a su principal enemigo y el peor de los ladrones dado que no sólo robaban sus bienes, sino también su libertad. Nada le importaba que su país fuera tributario de España o de Inglaterra o que la persona designada por alguien allá lejos gobernador o virrey, tuviera los ojos negros o azules. Al terminar la dominación española se vió que había transferido su odio a las camarillas gobernantes de la llamada República. Cuando los gauchos se adhirieron a Rosas y le ayudaron a escalar el poder, se imaginaron que era uno de ellos y que les daría esa absoluta libertad para vivir sus propias vidas a su propio modo, que era su único deseo. Se dieron cuenta de su error cuando era ya demasiado tarde".

Del cuento "El Ombú" existe además de la detestable traducción en supuesta parla gauchesca, una discreta versión castellana revisada y publicada por nosotros en Buenos Aires. Esta versión apareció primero en la extinta revista "Hispania" que dirigía en Londres el polígrafo colombiano don Santiago Pérez Triana. Según nos fué dado averiguar, colaboraron con él en la versión total del relato, sus compatriotas don Baldomero Sanin Cano y don Saturnino Restrepo. Hudson recuerda en una carta a Morley Roberts su encuentro con el último de los caballeros nombrados en 1918 y la sorpresa de éste al enterarse, tras una interesante conversación, de

que él era el autor de "El Ombú". el cuento que el señor Restrepo había traducido con el profesor Triana. (Un argentino, afirma equivocadamente Hudson en un paréntesis).

Por su parte el maestro Sanin Cano, que tiene más títulos para ser tomado por tal, alude a su concomitancia en el asunto al principio de su ensayo sobre Hudson, incluido en *La Civilización Manual*. De cualquier modo que sea esta es la primera traducción de un obra literaria de Hudson al español.

Otra versión igualmente inesperada de un libro artístico de Hudson, si bien más tardía, es la de *Mansiones Verdes*. Su autor, nuestro amigo Ernesto Montenegro, no le ha colgado ningún prólogo usufructuario y menos acotaciones inoportunas de ajena erudición para delatar nombres que el poeta juzgó prudente callar. Podemos así leer *Mansiones Verdes* en nuestro idioma exactamente como en el original, aun cuando la narración corresponde, al revés que en *La Tierra Purpúrea*, a un venezolano britanizado en Georgetown bajo el nombre de Mr. Abel. (Guevez de Argensola eran sus apellidos en Caracas).

Hudson explica en una breve introducción a la novela el proceso que lo torna en la imperial Guayana "uno en espíritu" con su héroe "y más que hermanos". Todo lo que anticipa en las cinco o seis páginas del prefacio acerca "del afecto con que se le miraba a él, venezolano en esa colonia británica", es demostrado en la acción de la obra, que no es tan puramente imaginativa como parece a primera vista. En verdad, lo más puro del genio de Hudson está presente simbólicamente en ella, y, sobre todo, en Mr. Abel. "Las cosas que entusiasmaban a otros hombres —la política, los deportes, el precio de los metales— no ocupaban su pensamiento, y cuando los demás se habían hartado de discutir sus asuntos y agotado su aliento sobre tales temas en las oficinas y salas de club y deseaban un cambio era un placer recurrir a Mr. Abel y hacerlo hablar de su mundo —el mundo de la naturaleza y del espíritu".

¿Qué si no un gran espacio abierto a todos los sedientos de aire y luz, con árboles y pájaros maravillosos, era el mismo Hudson en

medio de su destartalada pensión londinense? Sin embargo, estaba muy lejos de ignorar los artificios a que apelan los hombres civilizados para prosperar a la sombra del esfuerzo ajeno.

Podía decir con Walt Whitman: Soy aprendiz del más ingenuo y maestro del más avisado.

Como venezolano legítimo, Abel, su propio amigo entrañable, "que no pertenecía a la carrera militar", había tomado parte siendo joven en una revuelta contra el gobierno de su país nada más que para cambiar una camarilla de la sedicente República por otra.

El fracaso y la conciencia de su naturaleza aventurera llevan al arruinado tropical a visitar las soledades primitivas de la Guayana en busca de oro; pero en lugar del precioso metal sólo encuentra la paz y con ella el amor de una extraña criatura completamente distinta de la novia que dejara en Caracas y de todas las novias del mundo.

Rima es la verdadera creación del libro en consonancia espiritual con su autor, que pudo haberle dado este nombre poético a su novela, sin desmedro de la exuberante arquitectura tropical, tan propicia finalmente al ensueño y la realidad del héroe regenerado por aquélla.

El famoso escultor europeo Jacob Epstein, ha grabado la inmortal figura de Rima en piedra para el monumento erigido a la memoria de Hudson en el Richmond Park de Londres. De acuerdo en todo con el luminoso espíritu evocado en *Mansiones Verdes*, ningún símbolo se identifica más claramente que éste con lo simbolizado.

Cierto que Hudson no estuvo nunca en Venezuela como su amigo Cunninghame Graham; pero seguramente no le faltaban deseos de conocer el trópico que tanto había entusiasmado a Humboldt. Y puesto que su pobreza le impedía hacer el viaje en la "Mala Real Inglesa" (para seguirlo como el otro en una buena mula), lo hizo sin moverse de Londres, a su modo, que resultó el más económico para millares de lectores no sólo de la vieja Inglaterra.

Tiene significación íntima el hecho de que Hudson, venido de las llanuras del Plata, hiciera cruzar a su héroe precisamente las saba-

nas del Orinoco para enfrentarlo con la Naturaleza en una de las más prodigiosas aventuras de amor.

Desde luego a fin de captar todo el encanto de *Mansiones Verdes* hay que leer esta novela después de las otras obras americanas de Hudson, especialmente después de *Días de ocio en la Patagonia* y de los cuentos que apenas mencionamos al tratar *El Ombú*: "Martha Riquelme" y "Niño Diablo". Entonces hasta los indios de *Mansiones Verdes* no parecerán tan irreales.

En cuanto al señor Abel, como el mismo Hudson, no les disputará la posesión de los bosques vírgenes. Mientras pueda gozar de su misterio, los considerará completamente propios, con títulos que sólo puede ostentar un hombre de su gusto por la poesía. Una sentencia inolvidable de *Mansiones Verdes* dice: "No es más hacadero para el blanco ponerse mentalmente al nivel del salvaje, de lo que sería para este proceder con la franqueza de un niño respecto de los blancos".

¿Es preciso agregar después de cuanto llevamos dicho y recordado que Hudson el naturalista, no es ningún discípulo ingenuo de Rousseau? El mundo agreste y feroz de sus libros americanos es apenas romántico y nada revolucionario. Está de acuerdo con la naturaleza en general y con la suya en particular.

Desterrado consciente y tranquilo, el maestro de *Allá lejos...* fué ajeno a todo arrebato como escritor y como hombre. Empero, aquel no es pacifista ni éste, vegetariano. Ambos comprendieron a un tiempo el fenómeno antinatural del capitalismo invasor en carne y espíritu.

Cualquiera de los libros aquí ubicados desde *La Tierra Purpúrea* hasta *Mansiones Verdes* abunda en salidas de sorda oposición al culto del dinero acumulado o por acumular mediante la búsqueda inhumana del mismo. En su desprecio del progreso así conseguido, Hudson llega a parecer retrógrado y lo es quizás como artista de otro tiempo cuando escapa enfermo a lo inevitable para refugiarse en su yo antiguo y feliz.

El desinteresado entusiasmo por la belleza natural de su país nativo se acrecienta en él a medida que la saña de algunos civiliza-

dores extermina las especies más raras y cuanto es óbice al provecho inmediato. No quiere volver a los lugares donde pasó su infancia y juventud para conservar en toda su integridad la imagen ya desvanecida de aquel mundo que le ha inspirado las mejores páginas de sus libros. O por lo menos, las que consideramos mejores desde nuestro punto de vista.

En otra ocasión glosamos detenidamente un pasaje de *Afoot in England* bajo el título de "Hudson descubre una librería de viejo en Buenos Aires" (\*). No es por cierto el único texto digno de ser rastreado en los libros no americanos del autor para echar más luz sobre sus andanzas juveniles entre nosotros. Al contrario, hay muchos semejantes y hemos destacado ya varios en nuestro idioma con la idea de hacer todo un volumen adicional de páginas alusivas al medio en que se hizo hombre Guillermo Enrique Hudson. Porque antes de que tal tema se le impusiera en forma irresistible, el naturalista había desperdigado varios episodios de su vida en distintos libros, sin el menor propósito de reservarlos para su autobiografía, que nunca pensaba escribir. Pero después de llevar a cabo esta obra, utiliza hasta una buena parte del material dejado fuera de ella. Y es que *Allá lejos*... viene a constituir una revelación definitiva del genio de Hudson, tanto para el gran público que lo acoge al fin con entusiasmo ilimitado, como para el mismo autor, vuelto así al punto de su partida.

El ciclo iniciado con las notas para "El Ombú" en 1868, se cierra medio siglo más tarde con las sobrantes de *Allá lejos*... La parábola es perfecta. Hudson será para siempre el autor de *Far Away and Long Ago*.

En el hermoso prefacio que Cunninghame puso a la edición ilustrada de esta obra en 1931 y que nosotros reprodujimos con un autógrafo suyo al año siguiente, tres o cuatro páginas razonan aquel acontecimiento.

"Nadie, ni aún los argentinos que han escrito sobre su propio país

(\*) Véase "La Nación" de Buenos Aires, del domingo 2 de octubre de 1938 o el capítulo XXIV del libro citado.

en su lengua nativa, —dice— lo han hecho acerca de la Pampa mejor que Hudson (o tan bien). Y tras de insistir que aún en sus escritos habituales, especialmente en los últimos como *A Hind in Richmond Park*, "que compuso con un pie en el estribo, listo para pegar su postrer galope hacia uno u otro lugar porque nunca estaba seguro de una meta", hay giros que para apreciarlos es preciso conocer el castellano, agrega:

"Durante toda su vida, aquí en Inglaterra, estuvo produciendo libros, algunos de los cuales como *A Shefferd's Life*, *Nature in Dowland* y *Afoot in England* han llegado a ser clásicos. Con todo, me parece que solo cuando retornó a la Pampa de su nacimiento escribió maravillas de estilo, de ternura y de perfección en el recuerdo, como las de *Far Away and Long Ago*, que parecen obra de un joven que refiere acontecimientos de la vida cotidiana, más bien que evocados a través de las neblinas acumuladas en medio siglo". Y Cunninghame concluye:

"Quizá las neblinas de los años fueron en realidad el alambique que consumió todo lo que no merecía ser referido, dejándonos el oro puro".

Este oro puro, amonedado desde un principio en cuño extranjero, puede por fortuna ser convertible como el de la Banca, en patrón y resguardo de nuestras letras de crédito... y esperanza, para no abusar más del símil fiduciario.

Lástima que Hudson no haya encontrado todavía entre los literatos argentinos un traductor de pareja envergadura y temperamento, capaz de unir su nombre a la firme prosa de *Allá lejos* y *El Ombú* como está unido el de Lugones a los mejores cantos homéricos en nuestro idioma.

Desgraciadamente, quien pudo hacerlo con mucha competencia entre nosotros, no era bastante desinteresado para intentarlo por su cuenta y riesgo. En cuanto al gobierno que debió encargárselo, sólo insistió en nombrarlo académico por su obra juvenil de poeta. No supo aprovechar su capacidad para una labor menos decorativa y

eso que como burócrata, el hombre se ayudaba durante años con traducciones inocuas del inglés para los magazines populares.

Esta falta de administración de nuestros bienes más perdurables no es sin embargo de ayer solamente. Su origen es lejano, arranca desde la misma Independencia. Si el país hubiérase constituido bajo la experta dirección de Rivadavia es probable que Hudson no tendría hoy necesidad de ser traducido o retraducido, pues de seguro el tierno vástago del pulpero norteamericano habría encontrado en Chascosmús una escuelita elemental donde fijar en nuestro idioma sus primeros recuerdos de los pájaros del Plata.

Pero debemos atenernos a la historia del país tal como fué lo mismo que a la obra de Hudson tal como es. Uno y otra solo pueden variar en sus consecuencias si aprovechamos oportunamente las lecciones que sugieren. Al fin y al cabo, la naturaleza se impone al hombre civilizado en cualquier idioma y lugar cuando el arte es bastante poderoso para evidenciárselo.

A Edward Garnett, cuyo juicio como el de Cunninghame Graham seguimos de cerca a lo largo de este estudio, pertenece la siguiente reflexión sobre la importancia de la obra de Hudson:

“Nadie se enorgullece de la miopía o incapacidad de distinguir los rasgos de un semblante. Las mujeres no se jactan de no ver la belleza de los niños o de las flores. Pero millones de hombres civilizados se jactan hoy, complacidos, de carecer del menor sentido estético o sentimiento poético o aptitud artística. Como un cirujano que devuelve la vista, Hudson restaura con sus libros de la naturaleza la visión espiritual a las víctimas de la civilización. Como poeta y naturalista presta un nuevo lente a nuestros sentidos”.

Para nosotros, Hudson tiene además una importancia particular. Es el primer escritor contemporáneo que logra dar expresión universal al espíritu criollo a través de *La Tierra Purpúrea*, *El Ombú*, *Allá lejos*. . . Y por eso le debemos más que a cualquier otro. A pesar de que lo ha hecho en una lengua extraña y dentro de una tradición que lo ha retenido para siempre en Inglaterra, según recuerda él mismo en página inolvidable.

Luis Franco

## HUDSON EN LA PAMPA

Para mí es indudable que el 4 de agosto de 1841, día en que nace en Quilmes, rincón de la Pampa, en el hogar de unos colonos yanquis, el niño Guillermo Enrique Hudson, es el mayor de la literatura sudamericana. Fuera de eso, Hudson significa un acontecimiento sin par, acaso, en la cultura contemporánea. Tratar de demostrar que tal aserto no es antojadizo, ni siquiera exagerado, es la ambición de estas páginas.

Digamos, para comenzar, que el signo prócer de lo que hemos llamado y seguimos llamando cultura en la América española y en la Argentina, desde luego, es su desconexión casi total con el suelo y el pueblo criollos, y vaya la siguiente advertencia para despejar equívocos: nada importa que, como ocurre casi siempre, el motivo o tema tratado por el artista o el escritor nos pertenezca a ojos vista: su actitud al enfrentarse con él, su íntimo modo de realizarlo, son siempre forasteros, o superficiales, que es el peor modo de ser forasteros.

Esto reza lo mismo sea que don Andrés Bello cante la agricultura tropical, o Luca cante las hazañas de San Martín, o Mitre las historias; que Olmedo o Rodó exalten la grandeza de Bolívar, que Echeverría o Larreta quieran darnos una versión de la pampa. Todo eso casi siempre no pasa de impresiones de turista y por eso está fuera de la literatura. Frente a ellos, compensándonos de tamaño mengua, se alza el *Martín Fierro*, obra realizada, no sólo con el estilo verbal del pueblo (que fuera lo de menos), sino con su más

entrañable modo de sentir y de ver, con la respiración de su alma misma.

No es mi intento proponer un ocasional paralelo entre Hudson y José Hernández, pero no está de más recordar que la creación de Martín Fierro es un caso más o menos ejemplar de creación subconsciente, o, si queréis, donde el alma multitudinaria usa casi directamente al artista genial como instrumento de expresión. También en Hudson, como en todo gran artista, obran desde luego, decisivamente, los valores instintivos, pero en él junto a eso irradia una de las más preclaras conciencias de hombre moderno.

Trataré de concertar mi pensamiento: en el haber mirado al gaucho desde adentro y no sólo sus modales exteriores, Hudson es el rival de Hernández, aunque en él sean mucho más pálidas o inseguras esa vocación de justicia y esa tensión libertaria que dan fisonomía incomparable y formidable a Martín Fierro.

Pero Guillermo Enrique Hudson ofrece a su vez a nuestro asombro un aspecto igualmente inimitable: el de sentidor de la pampa, y no el mayor si no, acaso el único verdadero sentidor de la pampa, o mejor todavía: el del más veraz y viviente poeta de la Naturaleza de la literatura contemporánea, y, como tal, un acontecimiento singularísimo en ella, y no sólo en el terreno estético sino también en el del conocimiento y de la moral.

Es este un tema demasiado árduo y vasto para ser desarrollado en unas páginas circunstanciales, pero trataré de esbozar aquí sus aspectos más salientes.

Diré para comenzar que el sentimiento de la Naturaleza —o, mejor, lo que por eso entendemos en el lenguaje estético de hoy— parece ser una conquista moderna. No quiero dar lugar a equívocos. Intento significar, con lo dicho, no que los antiguos no sintieran la Naturaleza, sino que la sentían de manera distinta: o indirectamente o inconscientemente. Eran mucho más estrictamente egocéntricos que nosotros. *Demasiado humano* — diría Nietzsche—. No se concibe, en efecto, a un poeta antiguo cantando al mar o al pájaro tales como son. Necesita idealizarlo y transformarlo. El grie-

go no se resolvió a amar y adorar simplemente el agua de la fuente; precisaba metamorfosearla en ninfa; no podía adorar al sol sino bajo la forma de un dios: Apolo. Para amar las nubes, el indio de los Vedas necesitaba verlas bajo la forma de vacas lecheras. Y Job, el de la Biblia, se interesaba por el mar, el elefante o las constelaciones, como simples guijarros en el sendero de Jehová, es decir, de una idea moral.

Ya sé que me hablaréis de Virgilio como el poeta de la Naturaleza por excelencia. Pero podría contestar que, mucho menos que eso, el autor de *Las Geórgicas*, se parece a un pedagogo o un funcionario de una especie de ministerio de agricultura romano. En cuanto a *Las Eglogas*, su dulzura y su elegancia amaneradas denuncian al frío imitador de Teócrito —según fué observado ya— quien tampoco era un poeta de la Naturaleza sino un exquisito literato de ciudad que vestía con convencionales colores rústicos sus decadentes sentimientos de ciudadano refinado.

De un poco y un mucho de ese amaneramiento inicial —que llamaremos *virgilianismo*— se resienten las creaciones de los egloguistas más famosos: desde Mistral a Francis Jammes y Páscoli. Sea lo que sea, yo me permito invitar a mis oyentes a una simple prueba: pasad de cualquiera de los llamados cantores de la Naturaleza al Hudson del libro denominado *Allá lejos y hace mucho tiempo* —y si soís sinceros, nada más que valerosamente sinceros, para no dejaros encandilar con el prestigio de las convenciones venerables, si soís sinceros, no os costará nada experimentar que venir de esos literatos famosos al hijo de nuestra pampa es como pasar de una glorieta de invierno o un jardín de municipio a un bosque, a un verdadero bosque. Nada más ni nada menos.

Todo el libro es una criatura pulsante y respirante que trasciende vida por todos los poros. Y dicho está, por ello mismo: es la más potente, persuasiva y mágica invitación a la vida (a la verdadera vida de la tierra y de los hijos de la tierra) que se haya hecho nunca acaso desde las páginas de un libro.

Preguntándome yo mismo a qué obedece tamaña diferencia entre

Hudson y los otros, he ensayado esta respuesta: *estos van de la literatura al campo; Hudson va del campo a la literatura.*

Hudson nació y se crió en plena campaña bonaerense en años en que la pampa era casi tan salvaje como en los días de su creación. Pero eso no es todo, sino que el niño Guillermo Enrique vivió en ella con la más perfecta libertad imaginable, es decir, con la mismísima que llevaban los niños gauchos que a los cuatro años jinetaban su pingo.

Como a todos los niños, el sólo olor de la tierra húmeda le producía el efecto de un tónico viváz. Sólo que a él lo tornaba "loco de alegría". "El olfato, dice, es tan agudo en los niños como en los animales y equivale acaso al gusto y a la vista". Y más adelante: "El olor de la primavera para el niño es como el vino que regocija el corazón del hombre".

No eran inferiores en nada absolutamente las revelaciones de la vista. Un día, en sus andanzas, como llegase a la orilla del río próximo, se detuvo de golpe ahogando un grito de júbilo: un ave blanca y rosada como la misma aurora bogaba con lentitud, enriqueciendo el azul con la larga curva soñadora del cuello; cuando abrió y sacudió sus alas granates, el niño se juró a sí mismo que no podía haber sobre la tierra, nada más parecido a los ángeles...

El niño no amaba los estudios que sus padres le imponían en casa. Más: tenía una real aversión a todo trabajo mental. Hasta que un día cayó en sus manos un libro sobre pájaros. Ah, eso ya era otra cosa. Un libro que hablaba de sus viejos amigos, de sus maravillosos amigos, los pájaros, eso ya no era una aburrida cosa de papel; ¡era un mensajero alado! Así fué como se ligó a los libros y a la literatura el que iba a ser uno de sus maestros inmortales.

Pero un día el niño cayó enfermo de tifus: en tres semanas de encierro, dieta y fiebre, quedó con la piel sobre los huesos. Mas cuando al cabo pudo de nuevo tenerse sobre sus pies y salir afuera, su impresión fué que el aire libre, el sol, el olor de la tierra, las flores, el canto de los pájaros, el cielo, el verdor de los pastos, —todo lo que veía, olía o escuchaba, era la revelación de un prodigio: su des-

lumbramiento externo e interno solo fué cotejable al del ciego que recobrase la vista... Desde el fondo de su alma y su sangre sintió elevársele este grito hasta el corazón del sol: *¡Qué delicia invisible e incommensurable era estar vivo y no muerto!*

Y al contrario de lo que ocurre con el común de los hombres —y aunque tal pensamiento no se formule con claridad en su mente—, Hudson no siente ningún prurito por apartarse de su niñez profunda y gloriosa. Oscuramente, pero vivamente, se niega a ese cambio por el cual el asombro y encanto perdurable que eran los ingredientes de su vida hasta entonces desaparecerían "reemplazados por el contento estúpido y vulgar que sienten los hombres por su monótono trabajo, por el roce diario de cada hora con otros de igual situación, y por comer y beber, y dormir".

Se pregunta qué desea, y aunque no sabe formularse concretamente su respuesta, su corazón se abre como un abanico cuyas varillas apuntaran a todas las gracias del paraíso de la tierra: madrugar y comulgar con la alegría del rocío en que el azul del cielo y el verde de la pampa son como los dos labios de una sola sonrisa; asistir con la sangre y los sueños saturados de primavera al regreso de cada flor, de cada insecto, de cada pájaro; escuchar todo el día, todo el día, el divino canto del chorlo; trepar a los árboles y hundir la mano en el nido del benteveo, caliente y hondo como un corazón; escuchar, agazapado entre los pastos del margen de la laguna, el susurro de las escondidas aves acuáticas, como un misterio secretaado entre la tierra, el agua y el cielo; gloriar los ojos en la flor del camalote, maravillosa como la verónica del sol entre las balsas de sus hojas; salir a caballo al mediodía al campo cabizbajo de sol, de calor y de silencio; dejarse engañar adrede por la magia del espejismo que inventa manantiales irresistibles para la sed, o por noveleros ñanduces que caminan cabeza abajo como las moscas en los techos; llegarse a los abrevaderos donde el ganado aglomera sus pesadas moles y sus colores de naipes, o las lagunas zarcas listadas de blanco y rojo por las garzas y los flamencos, o, tendido entre el pasto, en enero, asistir al sortilegio de los cardos, —los cardos brota-

dos sólo para subir un día al cielo con sus semillas estrelladas en gozo volador.

Pero el niño nacido en el rincón de Quilmes debe pagar muy caro el privilegio de su sensibilidad y de su espíritu sin par. Una caladora lluvia de invierno le dejó una fiebre reumática, con las articulaciones hormigueantes de punzadas y el corazón enloquecido de palpitaciones, y algo mucho peor todavía: el enfermo (sentencia de los médicos), podía caer muerto en cualquier instante. El niño comenzó a llevar esa sentencia como una lápida. "No tendría profesión ni porvenir". Oh, eso no era nada junto a la condena de mirar la maravillosa vida terrestre como a través de un cristal irrompible, de andar con el adiós a flor de labios, a flor de corazón...

¡Pero quién encontrará jamás la ley de armonía profunda que rige las contradicciones aparentes del misterioso cuerpo del hombre, de la misteriosa alma del hombre! Lo cierto es que la condena mortal que pesaba sobre el niño se volvió un estímulo agudo y espléndido como una espada: al mirar la vida como cosa prohibida, al estar siempre despidiéndose de ella, se le volvió soberanamente hermosa y hechicera. (Me diréis que el hecho de que, pese a todo, el niño no sucumbiese a la prueba horrible, muestra el fondo mismo de la substancia de Hudson, el muelle real de su ser: un impulso tan irresistible como imperturbable hacia la salud y la luz: todo eso es cierto sin duda). Ciertamente, Hudson volvió sus oídos hacia la voz de la tierra con la misma intensidad con que los viejos se volvían hacia la voz de la sirena.

Es decir, que quedó quitó hasta la raíz, y para siempre, de lo que él repugnaba sobre todas las cosas y que definió así: "La indiferencia y el escepticismo que infestan el mundo cristiano de hoy".

Pues dicho queda que, bajo su capa de serenidad, Hudson fué un hombre furiosamente apasionado, un enamorado invicto e invencible.

Ocurrió al comienzo que las breves treguas de sus dolores, sus lapsos de salud bastaron para reconciliarlo con la vida. (¡Qué nobleza la de su substancia corporal y espiritual!).

"El corazón liviano por la buena salud, dice, la mente sin la idea de la muerte". O, mejor dicho, cuenta que tal idea era tan remota que se consideraba virtualmente inmortal. Ya veremos que Hudson fué un hombre de un poder mental *bors-ligne*. Y a ello quiero referirme en especial, pero antes detengámonos un instante a ponderar el privilegio de sus sentidos. En ésto, como en tantas cosas, Hudson fué un gaucho, nada menos que todo un gaucho. Dije de éste en una ocasión reciente: "El que sabía distinguir un rastro de caballo entre millares de huellas y a veces después de años, el que diferenciaba los distintos pagos por el gusto de sus hierbas; el que conocía senda por senda esa inmensidad, que era como conocer ola por ola el mar; el que localizaba galopes remotos aplicando el oído al suelo, ése, tenía de su tierra un apasionado conocimiento que colinda con la magia".

Bien, pareciera que en gracia de sólo sus avisadísimos sentidos, Hudson tuviera de la tierra, las flores, las bestias, los hombres, la vida toda, un conocimiento casi mágico.

Ya hemos visto que Hudson cree que el olfato de los niños es tan agudo como el de los animales y que acaso equivale en ellos al gusto y a la vista. Uno de los placeres del niño de Quilmes es oler las cortezas verdeantes de musgo de los árboles o las hojas machacadas del hinojo. El alfalfar es querido para él sobre todo por "su delicioso olor de habas". Su mejor prueba de adoración a los álamos consiste en restregarse las manos y la cara con sus hojas. Vuelta a vuelta consigna que debe al olfato sus más vivos estímulos vitales: "al olor a tierra, a hierbas, a peces, a flores, a pájaros, y especialmente el olor a almizcle que en los días de calor despedían las bandadas de ibis". Por las flores llega sencillamente a la idolatría "como mensajeros silenciosos del autor de nuestro ser y la naturaleza, como símbolos divinos de un lugar y belleza que no es posible imaginar". Y sin duda por haber descubierto que las serpientes, miopes y casi ciegas, van armadas de un olfato prodigiosamente sutil, Hudson comprendió, como pocos, a esos animales que tienen, como él dice, "algo más poderoso que los pájaros, los mamíferos y

cualquier otro animal”, y que concretan en sí “la irresistible atracción que el hombre experimenta por lo horripilante”. Tal vez podría decirse mejor: el imán de lo desconocido, el vértigo del misterio. Eso fué lo que sintió el niño de Chascomús —pues allí se trasladó a los cinco años— en un episodio consignado en una de las páginas más inolvidables de su libro. Un día, en la soledad y el silencio campestre, en un terreno lleno de maleza, sintió apenas un débil ruido crujiente, cuando vió deslizarse como en sueños, ahí cerquita, una larguísima serpiente negra. Quedó maravillado, pero se guardó el secreto para que no le prohibieran volver a aquel lugar. Más aún: se juró no volver... pero volvió. Decíase; no bien la vea, dispararé. Más en la próxima ocasión, sintió, “helado de horror”, el paso de la rampante, pero no se movió. Y el terror mezclado de encanto lo poseyó en tal forma que “no podía soportar la idea de verla por última vez”. Acechábale horas enteras, estremeciéndose de susto y placer al menor ruido de una hoja o insecto. Llevó su prurito al extremo de abrirse paso hasta la cueva de la larga bestia, y su aguda pasión hizo crisis, cuando, con el corazón en vilo, sintió deslizarse sobre su pie de niño, en una infinitud de tiempo, los dos metros de frialdad y horror del monstruo maravilloso.

Analista y psicólogo con quien solo pueden hombrarse los mejores —sin excluir a Proust— Hudson traza en un capítulo de *El naturalista en el Plata* a propósito de una hierba en la Pampa, una estupenda psicología del olfato, demostrando que si hoy el olor es irrepresentable por el espíritu, en algún tiempo de la historia del hombre, cuando los olores “eran para nosotros infinitamente más importantes de lo que son hoy día”, —el olfato humano tuvo el poder de evocar, de re-crear, los olores. Su problema inicial fué el de resolver por qué esa hierba pampeana, de perfume menos hondo y rico que el de cualquier flor, le producía un placer de intensidad única, llegando a averiguar que ello se debía al insondable poder evocativo del perfume, pues el de esa hierba salvaje estaba indisolublemente aliado al glorioso amanecer en su pampa y en su infancia.

No menos significativo y profundo es el capítulo de *Días de ocio*

en la Patagonia consagrado a los ojos. No se trata de una más o menos consabida monografía de especialista ni de amenas disquisiciones literarias, más o menos consabidas también. No, se trata de intensos poemas llenos de vivientes y contagiosos latidos y de revelaciones insospechadas que interesan tanto a la biología como a la estética y a la moral.

Hay ojos de pájaros que constituyen la mayor, por no decir única, belleza de su dueño, y tanto que cuando ellos se extinguen por la muerte, parece éste un carbón apagado. “Los ojos del puma y del gato salvaje, dice, inflados por la cólera, son maravillosos: al verlos se siente como un choque eléctrico”. El ojo humano, advierte, no tiene ni los terríficos esplendores ni el mérito menor de la belleza”. Pero agrega: “hay ojos que uno prefiere evitar, porque a su vista uno se halla desconcertado por la aparición de una alma humana desnuda enteramente próxima”.

Pero transcribiré un fragmento, para vuestro regalo, de la página en que cuenta una aventura suya con un gran búho patagónico, cuya “risa diabólica” de cazador implacable en las lindes de la noche, de “tirano feudal de ese desierto lejano”, había escuchado en porfiadas ocasiones. Después de un disparo certero de su escopeta, consiguió abrirse camino a duras penas a través de la maraña selvosa de una isla fluvial. “Encontré a mi víctima transportada de furor y lista para el supremo y último esfuerzo. Aun en reposo es un gran pájaro comparable a un águila; ahora su aspecto se había modificado del todo, y en la luz vaga e incierta parecía desmesurado —un monstruo de forma extraña y de terrible aspecto. Cada una de sus plumas se erizaba sobre su cuerpo, su cola leonada y barreada desplegábase en abanico, sus alas inmensas color de tigre abríanse rígidas, de manera que a medida que el pájaro que había empuñado la hierba con sus grandes zarpas emplumadas, balanceaba lentamente su cuerpo de un lado a otro, —exactamente como una víbora presta para el golpe balancea la cabeza, o como un gato encolerizado y sobre el *¡quien vive!* remueve la cola—, primero la punta de un ala, después la punta de la otra, tocaban el suelo.

Los cuernos negros alzábanse derechos, en tanto que en el centro de la cabeza en forma de rueda el pico cloqueaba sin cesar con un ruido semejante al de una máquina de coser. Ello formaba un estuche perfecto al par de ojos magníficos y furiosos, que yo contemplaba con una especie de fascinación no desprovista de miedo, pues bien recordaba la agonía de dolor que me habían causado hacía poco sus garras cortantes y ganchudas hundidas en mi carne hasta los huesos. Los iris eran de un vivo color naranja, pero cada vez que yo intentaba aproximarme inflamábanse como dos grandes globos de fuego amarillo tiritante, las pupilas negras rodeadas de una centelleante luz carmesí que lanzaba en el aire minúsculas chispas amarillas. Cuando me apartaba, este efecto, como el de un fuego sobrenatural, desaparecía al instante. Los ojos de dragón de ese búho magallánico me persiguen todavía, y cuando yo me los recuerdo, el pájaro muerto me pesa en la conciencia; sin embargo al matarlo, yo le he discernido esa polvorosa inmortalidad que es la suerte de los ejemplares empajados en un museo”.

Es ocioso ponderar la agudeza, la codicia y la perspicacia del ojo de Hudson. Ya sabemos que sólo pudo imaginar a los ángeles mirando a los flamencos con su plumaje maravillosamente carmesí, maravillosamente rosa o exquisitamente blanco. Recordará siempre “a los blanquísimos cisnes de cuello negro destacándose sobre el fondo sombrío de las nubes preñadas de lluvia. Confiesa tener verdadera adoración por las nubes rosas de los durazneros florecidos, el espectáculo más hermoso de la tierra”. Confiesa también que en ocasiones apenas si podía resistir una magnífica puesta de sol. “El morado brillante del huevo del tinamú, dice en otro lado, me extasiaba, y la alfombra de verbenas escarlatas arrancábame un grito de alegría”.

Hudson es un hijo de la clara pampa, esto es, un ahijado y un devoto de la luz. A propósito del murciélago, dejó estas palabras, que diríanse simbólicas: “El murciélago, en las planicies donde no existen cuevas, ruinas ni otros lugares oscuros no tiene tanta aversión a la luz como en otras partes; pasa el día en los árboles”.

Sin la menor duda que el oído de Hudson no estaba menos genialmente dotado y que tanto como la vista, el oído lo ligaba nupcialmente a la naturaleza. “Yo, dice, que cuando estoy lejos de los murmullos del campo y no oigo el canto de las aves no me siento vivir”.

De sus hermanos recuerda con precisión: “Eramos muy distintos, tanto de carácter como de rostro y figura; sólo nos parecíamos en la voz, heredada del padre”.

De los chajáes recuerda, ante todo, ésto: “como las alondras los chajáes gustan elevarse verticalmente cantando. Cuando sus sombríos y voluminosos cuerpos no son más que manchas que flotan en el cielo azul, o cuando se vuelven invisibles, —la distancia afina maravillosamente su voz, que deviene argentina, suave y gratísima”.

Entre los innumerables secretos que sólo él ha sonsacado a la pampa está el de que ésta medio disuelve los ruidos y los armoniza; “con los sonidos eólicos del viento en las cañas y las hierbas”. No es fácil al forastero distinguir entre sí las voces de los pájaros, las ranas y los insectos.

Y sin duda su sutilísima virtud auditiva, en buena parte al menos, es la que lo apegó de tal modo a los pájaros que parece que tuviera con ellos una ligazón de sangre y de espíritu. (Sus libros, saturados de pájaros, son como árboles del alba). Nadie ha amado a los pájaros sobre la tierra como Guillermo Enrique Hudson. Aunque no es eso sólo: nadie hasta hoy —naturalista, cazador, poeta o mago— ha sabido, no solo penetrar como él en el secreto de esos duendes del canto y el vuelo, sino, lo que no es menos, ha logrado transmitir a los hombres con arte tan iluminador, con emoción tan viviente y contagiosa, los milagros de las vidas aladas.

No sólo lleva Hudson mianaturada en sus ojos la imagen de cada pájaro con la más absoluta precisión de detalles referentes a formas, colores y movimientos; no sólo se sabe al dedillo, con íntima pasión, sus costumbres públicas y privadas, sino que sabe de memoria sus cantos. Oírle hablar del chorlo y su canto, que él llama divino; de la calandria de tres colas, el único genial de los cantores

de la Naturaleza, pues es el único capaz de improvisar mientras canta, o del legionario chajá que canta sobre el techo de las tormentas, o del tinamú y su flauteo, tan misteriosa y entrañablemente dulce que hace llorar de añoranza el corazón de los desterrados entre los indios, o del coro de mixtos (cuyo efecto al oído es semejante al que ofrece a la vista el agua manantial o las innumerables gotas de lluvia cayendo en líneas de gris plata), o del picaflor, cuando nos persuade, con su arte de persuasión irresistible, que el picaflor es todo lo contrario de una joya y que desplegándose su vida intensísima sólo en su vuelo sin par no puede ser copiado por el arte, —oír hablar a Hudson de cualquiera de esos personajes, es escuchar un relato más vivido y cierto que los de la historia y más embelesador que los de la poesía.

Pero no es Hudson sólo un semidios de los pájaros; lo es de toda la fauna, como *el Coquena* o *el Yastay* de nuestra mitología nortea. Y cuando cuenta la vida de las vizcachas, cuyos conos de tierra suelen ser por largos trechos la única orografía de la pampa, —o del puma, la única fiera que no ataca al hombre sino que es su amigo y a veces su defensor—, o del casi místico guanaco, cuando el cuenta de cualquiera de esos hijos del desierto, estáis conociendo sus biografías de modo bastante más íntimo y certero que cuando los hombres escriben sobre las vidas de otros hombres.

Porque Hudson es algo más que un aficionado a los pájaros o a las plantas, una especie de filatélico de la Naturaleza, —eso que suelen ser casi siempre los artistas o los eruditos de nuestra civilización. Tampoco es posible compararlo con los hombres de ciencia, pues generalmente, aún los mejores, padecen de cierta limitación de parroquia, para lo verdaderamente espiritual. (El hecho es que junto a la sutileza y a la independencia vibrante de Hudson, hombres como Darwin y Humboldt aparecen pesados y no sin sus hilachas de filisteos,— y Hudson no deja de clavarles sus banderillas al pasar).

Hudson cultivó dos intensidades: la del conocimiento y la de la belleza; pero su actitud es simple y única: es un nuevo camino en

que se funden dos senderos que sólo la superficialidad vuelve divergentes. Con ello está dicho por qué Hudson es un artista prodigiosamente vital. Hay en él una sensibilidad tan profunda que está en contacto con lo substancial del mundo, y, si algo la equivale, es la profundidad de su conciencia, esto es, de su inteligencia libérrima y su conducta libérrima.

Y bien. Todo lo que antecede, prueba, según creo que *Hudson no fué sino un gaucho que no se dejó enredar por la cultura sino que llegó por ella a la plenitud de su expresión espiritual. Y por eso podemos, reivindicar su grandeza como nuestra, y lo que es más, mirarlo como un ejemplo de nuestras posibilidades.*

Manuel Rojas

## EL ANIMISMO DE HUDSON

Sabemos que todos los seres humanos nacen con una predisposición física, mental o espiritual propia, rica o pobre, mediocre o superior, determinada por su herencia genética. Si la predisposición es, en lo físico, pobre o mediocre, producirá fatalmente una personalidad física de la misma calidad e igual cosa ocurrirá si la pobreza o la mediocridad es de carácter espiritual o mental. En ningún caso podrá hacerse nada por mejorarla o convertirla en rica o superior y gran hazaña será lograr que se mantenga en su nivel de pobreza o de mediocridad. Si la predisposición es rica o superior, podrá producir una personalidad de la misma clase solamente en el caso de que las circunstancias o el medio sean favorables; si son adversos, más le valdría a ese ser humano, como a los personajes de tragedia, no haber nacido. Se perderá, y se perderá mucho más en lo espiritual y en lo mental que en lo físico.

A Guillermo Enrique Hudson, dotado de una predisposición mental y espiritual eminentemente rica y superior, las circunstancias y el medio le fueron favorables, y le fueron favorables no sólo para desarrollar esa predisposición sino también para desarrollar cualidades o virtudes que son comunes, congénitamente, a todos los seres humanos, ricos o pobres, mediocres o superiores, pero muchas de las cuales, las más preciosas, se pierden, cada día más, en medio de este extraño mundo civilizado.

Hudson era, en su tierra nativa, un extranjero: extranjero eran sus padres, extranjera la lengua que la familia hablaba y extranjeras la religión y las costumbres que observaban. En una palabra: el niño nació y creció en un ambiente totalmente extraño al lugar

## BABEL

geográfico en que le tocó nacer. Dentro de su casa el niño vivía en medio de un mundo que le era, física, mental y espiritualmente familiar, no por accidente sino que por tradición, pues todo él, desde los cabellos hasta los zapatos, estaba de acuerdo con ese mundo, por lo menos durante su infancia y en lo que a lo mental y espiritual se refiere. Pero cuando el niño abría la puerta de su casa y salía al exterior, un mundo completamente diverso se presentaba ante su vista: no se veían allí las dulces colinas de Inglaterra ni las praderas de Maine o de Massachussets, pobladas de descendientes de ingleses, galenses, irlandeses o escoceses, no; allí estaba la pampa argentina, extendiéndose por cientos y miles de kilómetros hacia el sur y hacia el oeste, poblada de indios bárbaros y de gauchos tan bárbaros como los indios, recorrida por centenares de hermosos caballos en libertad y habitada en sus pajonales, lomas, lagunas y ríos, por millares de aves exóticas o indígenas, pampa en donde un inglés, un escocés, un irlandés o un galés se sentía tan perdido y sólo como en las orillas del Alto Nilo o sobre el casquete de hielo del Antártico. ¡Qué no sería ese mundo para un cachorro de hombre extranjero! Pues si bien es cierto que todo ese mundo llegó a serle tan familiar como sus bolsillos, no es menos cierto que, genéticamente, estaba constituido, por siglos y siglos de herencia, para otro paisaje.

Esos dos mundos, aquél en que vivía y llevaba adentro y aquel que estaba afuera, se oponían y chocaban y la vibración de ese choque y de esa oposición hirió profundamente la sensibilidad del niño Guillermo Enrique, desarrollando en él aquellas cualidades o virtudes de que hablamos hace un momento, cualidades o virtudes que, como todo ser humano, poseía, pero que pudieron haberse perdido si el mundo de adentro hubiera sido semejante al de afuera.

Una de esas cualidades, la más preciosa que Hudson poseyó y desarrolló, es la que él mismo llama "animismo" o "sentido de algo en la naturaleza". Es esta la cualidad que, a mi juicio, hizo la grandeza de Hudson. Toda su personalidad, toda su obra, sus pensamientos y sentimientos están bañados por esta dulce y honda co-

riente animista y las personas que han leído *Allá lejos y hace mucho tiempo*, *Días de ocio en la Patagonia* o *Mansiones verdes*, recordarán con qué justeza y profundidad habla de los árboles, de los pájaros, de los animales o de la simple tierra. Recordarán, por ejemplo, cómo, en *Mansiones verdes*, describe el canto de la mujer; cómo, en *Días de ocio en la Patagonia*, habla de un desierto que le gustaba visitar para sentir una sensación de soledad y de eternidad; cómo, en este mismo libro, habla del canto de los pájaros y de la expresión de la mirada en los hombres y en los animales; cómo, por fin, en *Allá lejos y hace mucho tiempo*, describe sus visitas a aquel terreno en que habitaba una serpiente negra.

Esa justeza y esa profundidad, ese ir tan adentro y derechamente en los seres vegetales o animales, esa asombrosa facilidad con que parece franquear la distancia que nos separa del árbol, del ave o del animal, advirtiendo en ellos y mostrando, con una simpleza casi mágica, la vida y los instintos que los animan, tiene sus raíces en la cualidad de que hablamos, pues esta cualidad, que parece ser más que nada la supervivencia de un reflejo de temor y de respeto del hombre primitivo ante la naturaleza, contiene en sí potencialidades intuitivas que permiten al hombre no sólo aproximarse a la esencia de lo creado sino que, en algunos casos, penetrarla. No debemos olvidar que el hombre fué en sus buenos tiempos algo que estaba muy cerca del animal y que los reflejos, buenos o malos, que lo dirigieron y lo ayudaron a existir en aquella primera mañana de su existencia, subsisten oscuramente en él y lo acercan, también oscuramente, a los seres que viven de reflejos o a las cosas, que los irradian o parecen, con su presencia, irradiarlos.

Para Hudson el animismo no significa el suponer que la naturaleza tenga un alma, no; significa la tendencia, el impulso, el instinto de animar todas las cosas, la proyección de nosotros mismos en la naturaleza, el sentir que en todas las cosas visibles hay una inteligencia como la nuestra, aunque mucho más poderosa. "Imagino que ese sentimiento —dice Hudson— persiste y vive en muchos de nosotros más de lo que quisiéramos o más de lo que sospechamos,

particularmente en aquellos que han nacido y se han criado en el campo, entre cerros, bosques, rocas, arroyos y cascadas, condiciones éstas particularmente favorables, pues forman un escenario que tiene para nosotros "asociaciones heredadas", como ha dicho Herbert Spencer. En las grandes ciudades o en los lugares muy populosos, allí donde la naturaleza ha sido dominada hasta el punto de aparecer como parte de la obra del hombre, convirtiéndose en algo tan artificial como las habitaciones en que el ser humano vive, ese sentimiento se marchita y muere en el principio de nuestra existencia; sus débiles sugerencias son rápidamente olvidadas y llega un día en que creemos que nunca lo hemos experimentado. Nos parece increíble que un sentimiento de esa índole pueda sobrevivir en el hombre o que haya habido en su infancia un momento en que haya podido mirar este mundo visible de modo diferente al que lo mira ahora, es decir, como un escenario sobre el cual tiene designado un papel breve pero importante, con un paisaje pintado en azul y verde como telón de fondo. Sé, sin embargo que en mí, por más viejo que sea, esa facultad primitiva que se manifestó en mi primera infancia, persiste todavía y que en la época de mis primeros años tenía una potencia tan grande que apenas me atrevo a decir hasta qué punto me removía".

Ese sentimiento no fué percibido por Hudson sino a la edad en que algunos niños empiezan a tomar conciencia del mundo y de las relaciones que pueden existir entre ese mundo y ellos mismos: alrededor de los ocho años. "Quizá —dice Hudson— este sentimiento había estado en mí desde mi primera infancia; no lo sé. Pero cuando comencé a tener conciencia de él, fué como si una mano hubiese vertido, secretamente, en mi infantil copa de miel, algún elemento que le daba un nuevo sabor".

Aquello que antes le fascinaba y le producía arrebatos de placer, como, por ejemplo, el espectáculo de una floración de millares de verbenas rojas cubriendo metros y metros del húmedo y verde pasto de la pampa, espectáculo que lo obligaba a bajarse del caballo y a echarse de bruces en el suelo a contemplar su fresca

y magnífica belleza; o el azul del cielo, el reflejo del sol sobre el agua, el olor de la tierra seca o húmeda, el viento y la lluvia, los pájaros y sus preciosos huevos, el grito del pluvial dorado volando de regreso a sus tierras del norte, todo eso empezó a tener para él otro valor, otro significado, otra atracción, tan profundo todo ahora que, como en el caso de las puestas de sol o en el aspecto de los árboles en la noche, al placer se unía un inexplicable e insoportable sobrecogimiento y temor.

Una flor fué la que le produjo, por primera vez, la sensación que Hudson califica de mágica, o sea, de algo que se crea por sus propios medios o que surge, aparentemente, de la nada, con una expresión y una individualidad propias. Tenía alrededor de nueve años cuando, en el curso de uno de sus paseos a caballo por la pampa, encontró, a cuatro o cinco kilómetros de su casa, una flor que le era desconocida. La planta, de un poco más de quince centímetros de altura, crecía a la sombra de unos matorrales de cardos. Tenía tres tallos cubiertos de largas y estrechas hojas, vellosas y suaves al tacto y provistas de acerada punta; cada tallo estaba coronado de racimos de flores un poco más grandes que los de la valeriana roja y eran de color rojo pálido y singular forma, pues las puntas de los pétalos se enrollaban como formando un cartucho. La flor, en realidad, no era más hermosa que otras que se encontraban en la pampa, pero, a pesar de esto, se convirtió para Hudson en una de sus flores sagradas. ¿Por qué? ¿Tal vez porque le era desconocida y él pensaba haber sido el primero en verla? ¿Tenía la planta o tenía la flor alguna forma, color o expresión especial? No lo sabemos ni tampoco Hudson lo sabía ni lo supo. Su madre, a quien mostró orgullosamente la flor, no supo decirle, por otra parte, en qué residía el encanto de aquella desconocida flor pampera.

Desde ese momento, sin embargo, y durante mucho tiempo, jamás dejó Hudson de buscarla cuando salía a vagar a pie o a caballo por la pradera. Nunca halló más de tres o cuatro en una misma estación y nunca juntas en un mismo lugar; crecían siempre a varias millas de distancia unas de otras.

Años después, siendo ya hombre, al saber que en la vecindad de la casa de los veinticinco ombúes, a donde habían vuelto a vivir, habitaba un señor, de nacionalidad belga, que se dedicaba a la botánica, recurrió a él y como no pudiera encontrar ningún ejemplar de la planta, se la describió y aún llegó a dibujarla. ¿Qué planta era esa? ¿La había alguien descubierto antes que él? ¿Cómo se llamaba? Después de mucho buscar en sus libros, el botánico logró identificar la planta: la especie era conocida desde hacía treinta años y su descubridor había sido un inglés, individuo que había enviado semillas y raíces de ella a las sociedades botánicas de Europa. La planta llevaba su nombre y se la encontraba ya en los jardines europeos.

Para Hudson, claro está, todo esto no fué suficiente, y así como antes se había apasionado por la planta, se apasionó ahora por el hombre. Los libros no decían quién era, cómo había vivido ni si estaba vivo o había muerto. El necesitaba saberlo. Recurrió a su padre y le preguntó si alguna vez había conocido a alguien que llevara ese nombre, nombre que también llevaba la planta y que valorizaba al hombre y a la flor. El padre le respondió que, efectivamente, había conocido en Buenos Aires a esa persona: era un inglés, comerciante de profesión, hombre amable y de agradables maneras, soltero, que vivía un poco recluso en una casa que le pertenecía y que ocupaba los días de fiesta y sus vacaciones en errar por la pampa, cargado de su herbario, buscando plantas raras. Había muerto hacía algunos años, tal vez veinte o más.

“Lamenté que hubiera muerto —dice Hudson— y sentí el deseo de buscar su tumba y de plantar sobre ella la flor que llevaba su nombre. Seguramente, él había sentido, al descubrirla, el mismo enigmático sentimiento que yo experimenté cuando la ví por primera vez. Quizá si, cerca de sus huesos, las raíces profundas y eternamente vivas, y, por encima de ellas, la flor, a los rayos del sol, le habrían llevado en sueños preciosos recuerdos, si es que alguna vez un sueño pudiera visitarlo en su largo dormir sin despertar...”

Ese sentimiento, como ya lo hemos dicho, era despertado por innumerables objetos, aves, animales o plantas, pero principalmente por los árboles y variaba de intensidad según la hora, el lugar y el aspecto de estos últimos, siendo particularmente intenso en las noches de luna. Y muchas veces, después de haber experimentado esa sensación, Hudson volvía de nuevo al mismo lugar, a la misma hora y a los mismos árboles, para experimentarla de nuevo.

“Cuando la luna estaba en su plenitud —dice—, me deslizaba, solo, fuera de la casa, y me quedaba, silencioso e inmóvil, cerca de un gran grupo de árboles, mirando el sombrío follaje verde, plateado ahora por los rayos lunares. Entonces la misteriosa impresión crecía hasta que el encanto que yo sentía por la vista de los árboles se trocaba en terror y el terror aumentaba hasta el punto de serme insoportable. Huía, entonces, a todo correr, hacia la casa, buscando allí, en medio de la luz y de mis familiares, la realidad y la seguridad. A la noche siguiente, sin embargo, salía de nuevo y me dirigía furtivamente hacia el lugar donde yo sabía que el efecto era más intenso, generalmente entre las acacias blancas que daban su nombre a nuestra estancia y cuyo follaje suelto, semejante a plumas, tomaba durante la noche un aspecto singularmente desgrefinado, dando a esos árboles una apariencia más viviente que la que tenían otros y pareciendo con ello más conscientes de mi presencia y más atentos a protegerme”.

Hablando sobre el asunto, Hudson agrega: “En nuestros tiempos dedicados a la ciencia, el animismo que persiste en el adulto ha sido tan influenciado, tan transformado por la cruda luz de la razón, que apenas si se le reconoce en lo que, libre o vagamente, se llama “sentimiento de la naturaleza”. Finalmente: “Me ha parecido siempre que esa facultad o ese instinto sentido por un espíritu en el alba de su vida, es de carácter esencialmente religioso, instinto que es, sin ninguna duda, la raíz de todo culto a la naturaleza desde el más primitivo fetichismo hasta el más desarrollado y elevado panteísmo”.

Ernesto Montenegro

## HUDSON NOVELISTA DE LA NATURALEZA

La obra de Hudson no es dramática en su esencia, sino idílica. La emoción no se despeña en ella en cataratas, como en Chateaubriand, ni gota a gota, como en Proust. Es una corriente que se ensancha y ahonda a lo largo de muchas páginas, igual que los ríos que atraviesan las pampas. Su imaginación se alimenta de innumerables fuentes; infinitas observaciones de detalle, a guisa de riachuelos, van engrosando el cauce principal, hasta que el paisaje adquiere una serena espaciosidad y las figuras humanas van destacándose en actitudes contemplativas, graves, impregnadas de gracia y melancolía.

“Hudson no es plato para mí”, suele decirme algún joven literato, cuando comentamos las obras maestras del escritor argentino. “Será muy noble y puro, como usted dice. Pero uno pide cosas más sazonadas, con fuerte sabor en poco volumen”.

Lo que en realidad le desagrade a ese tipo de aficionado petulante, es la censura indirecta que implica esa escrupulosa nitidez del estilo y madurez del pensamiento que en la obra de Hudson se manifiesta en el reposado fluir del relato y en la intensidad acumulativa de la expresión. Su método anuncia su carácter de hombre, porque si el escritor no reconoce al mismo tiempo las limitaciones de su arte junto con las posibilidades del esfuerzo consciente, jamás llegará probablemente a conocer la satisfacción de una forma eficaz y una creación bien madura. Porque ese estilo hud-

soniano que se produce al parecer tan naturalmente "como crece la hierba", representa el producto de un conocimiento efectivo del asunto y el esfuerzo empeñoso y paciente por ajustarlo a la elusiva fluidez de la palabra.

Muchas obras literarias huelen a biblioteca o a laboratorio. Las novelas de Hudson están impregnadas de zumos campestres, y por sus páginas cruzan ráfagas de los grandes espacios que hinchaban los pulmones y desahogan el espíritu. La vida entera entra en su obra. Espíritu contemplativo y reflexivo, extiende su observación a cuanto existe dentro de su campo visual, y si en la mayoría de los escritores el paisaje es a menudo un elemento decorativo, en Hudson todo, árboles y animales, pájaros y reptiles, la pampa y la selva son alternativamente el foco del relato. Con humilde fervor pone el oído al misterio de la Naturaleza, a todo lo que ella vive con vida propia, más sugestionante todavía por estar en su forma animada, es decir articulada, y sin embargo tan "aparte", tan desprendida de nuestro íntimo sentir.

Hudson resumió su concepción de la Naturaleza en la imagen de Rima, la criatura ideal, único sobreviviente de la raza perdida que acaso no está en el pasado sino en el porvenir. Su clara estirpe, inocente del mal y defendida de todo mal por su amor a cuanto existe; cuya voz es un trino, y cuya vestimenta es una túnica inconsútil tejida por los propios insectos, es como la encarnación del alma de la Naturaleza virgen. De propósito acaso el autor ubicó la historia en el corazón de la selva amazónica, donde nunca estuvo en presencia, supliéndola con sus recuerdos del Chaco y las anécdotas de su camarada Cunninghame Graham. Su prodigiosa memoria objetiva, la penetración con que leía caracteres humanos o no, y su entrañable solicitud por todas las formas de la vida hicieron el resto.

Es posible que el germen de esa concepción de Rima esté en aquel pasaje de *Far Away and Long Ago* en que Hudson cuenta que siendo él una criatura se fué un día a gatas lejos de la casa paterna, y allí lo descubrió su madre, paralizada por el espanto, jugando con un culebra! Muchos años más tarde, el violento Abel de *Mansiones*

*Verdes* se dirigirá jovialmente al animal montaraz que descubre en su escondrijo:

—¡Pobre *pereroso!* ¡Pobre flojonazo! ¿Te encontró alguna vez Rima durmiendo pendiente de la rama de un árbol, abrazándolo como si estuvieses enamorado de él, y vino ella con su manita te acarició la cabeza —esa cabeza de forma casi humana— rió juguetona al ver el asombro en tus ojos soñolientos, y te reprendió cariñosa por llevar las uñas tan largas y verte tan feo?

Revisando viejos tomos de una revista inglesa descubrí hace poco un ensayo de Hudson, encabezado con esta pregunta: "¿Piensan los gatos?" y cuenta allí cómo fué que se le ocurrió la posibilidad de que ciertos animales sean capaces de reflexión viendo a un gato en el intento de cazar a los pájaros que venían a comerse las migas que su ama echaba a cierta hora al jardín. Las maniobras del uno y los otros, los cambios de estrategia del felino y la prontitud en burlarlo de la supuesta presa, eran para el observador signos claros de inteligencia. Y luego, recogiendo las confidencias de una amiga que le aseguró haber recibido premonición a distancia de la situación crítica de su gato y haber llegado gracias a ello a tiempo de salvarlo de la muerte, Hudson termina por preguntarse si no habrá en eso la revelación de un alma, una emanación supersensorial, capaz de comunicarse con el alma articulada del hombre.

El caso expresa fielmente el carácter y el sentir de un hombre de naturaleza tan gentil y sensitiva, que toda su vida, se sintió más cerca de aquellos seres que, como Whitman decía, ni se dan golpes de pecho ni gimen de vergüenza por sus faltas; que no conocen ni la hipocresía, la envidia ni la traición. Los pájaros fueron pues los mejores amigos de Hudson.

Hernán Gómez

## POR EL RASTRO DE HUDSON

He aquí que me arrimo a oír tu voz  
como tú a oír el canto de los pájaros.  
Pájaro tú también quisiste ser,  
y más que por el vuelo por el canto,  
pues nadie habla mejor de su existir,  
en lenguaje tan desinteresado,  
que llegaste a entender y dominar  
siendo en sus miles de dialectos sabio.

Yo no me arrimo a ti para saber  
de ti mismo, aunque fuiste tan extraño  
en este mundo: un corazón impar.  
Sé que amabas rondar por estos pagos  
que otros llaman su patria, mientras tú  
los sentías querencia, como el gaucho;  
que eras hijo de un gringo, de un inglés  
o algo así; que tenías ojos claros;  
que eras lento, pausado en el hablar,  
que te sabías bien el castellano  
—cómo no lo habías de aprender  
si te gustaba hablar con los paisanos—;  
que poco te atraía como oír

## BABEL

su parla en los fogones o en los ranchos,  
o mirarlos, centauros de labor,  
en las domas o hierras, simulacros  
de trabajo porque esa actividad  
era juego nomás en los centauros;  
que no tenías otra ocupación  
que la de andar mirando y escuchando  
desde luego a los hombres, pero aún más  
a las otras criaturas, tus hermanos  
en amor a la vida y en temor  
a la muerte, en el cielo, en el pantano,  
en la pampa, en la cumbre o en el mar;  
que así anduviste treinta y tantos años,  
y que un día, de pronto, sin razón,  
o atendiendo quién sabe a qué reclamo  
de fría bruma, a qué insular afán,  
cambiaste tu caballo por un barco  
en el que te admitieron sin saber  
que llevaban un mundo de recargo.  
Luego, mudó tu vida de color  
entre nieblas, hollín y desamparo,  
perdida sin remedio en la ciudad,  
fuera también de sitio en verdes prados;  
noche a noche velando al corazón  
por que no se apagase en su quebranto,  
y con un solo compañero: el mar,  
para tu confianza de exilado;  
los ojos siempre fijos en el sur,  
pronto a echar, como el chorlo solitario,  
tu alma y tu cuerpo hacia el país austral,  
tierra de sol con música de pájaros,  
con mujeres de tierno corazón,  
y hombres a quienes *even to the marrow*  
los conocías: hasta el caracú.

## BABEL

Y he aquí que yo ando por tu rastro  
sabiendo de ellos a través de ti,  
cuál eran, como dioses si a caballo,  
semejantes a ánaes si a pie,  
los ojos de ave carnícera oteando,  
y más seguros para navegar  
por la pampa que el nauta más versado,  
de ombú en ombú, de mata en mata al sol,  
y por la noche al rumbo de los astros:  
las Tres Marías y la Cruz del Sur  
y las Siete Cabrillas, y otros cuantos  
con nombre, y muchos más sin bautizar,  
pues ellos no eran Ptolomeos vanos  
sino hombres enteros, cuyo amor  
era para esta vida en estos campos  
donde habían nacido en libertad  
apenas al abrigo de los ranchos,  
caballeros a poco de nacer,  
y que por gloria, a más de su caballo,  
tenían la guitarra y la canción,  
aunque habían de dejar inexpresados  
la celeste locura, el don lunar  
qué les llegaban de los altos lagos,  
como el mensaje que desde el hondor  
terrenal les llegaba por los cascós.  
Todo ello habrías de decirlo tú,  
y yo pienso por qué destino extraño  
vino tu alma nórdica a confluír  
con esta alma cálida del gaucho;  
por qué justo designio vengador,  
para dejarlo vivo en el retrato  
donde no lo pudieran alcanzar  
ni alcaldes, ni estancieros, ni tiranos.

## BABEL

Aún menos que una sombra hubo de ser,  
perseguido y al cabo exterminado,  
si no hubieses nacido por aquí,  
si no te hubieses criado en estos llanos,  
si no hubieses llegado a conocer  
su alma como la palma de tu mano,  
desde esos años de tu edad feliz,  
cuando, dueño del mundo, en tu picazo  
te dedicabas a vagabundear,  
rastreando en cielo y tierra amados pasos,  
hacia el ruedo tendido el corazón  
en procura de vida, y hacia el árbol,  
pues también lleno en esto de saber  
hermanabas el gaucho con el pájaro,  
los dos hijos del aire, hijos de Dios  
que les dió por dominio los espacios,  
y que algún día habrá de condenar  
a los impíos que les despojaron;  
aunque, como tú mismo, no creyó  
mucho en Dios ni en designios extrahumanos  
aquel hombre de claro razonar,  
con vida y muerte familiarizado,  
hecho a vigiliás, no por el afán  
de cuidar bienes —ni aún por su caballo—,  
sino para cuidar que el corazón  
siguiese por el pecho galopando.

Dichoso de tener leguas de sol  
en invierno, y un árbol en verano;  
rico de su pobreza, en actitud  
de dar todo con sólo no desearlo;  
sin ironía y sin maldad zumbón  
por ánimo socrático de tábano;  
hombre como el que más, y alguna vez

## BABEL

también un angel, pese a los harapos  
que llevaba con tanta dignidad;  
no aquel degollador por aparato  
en que muchos vinieron a caer  
luego de años de luchas entre hermanos,  
carroñas de las cuales con horror  
siempre te distanciabas, y con asco.

Aunque le tachen desde la ciudad  
de ladrón, vagabundo y casi bárbaro,  
lo cierto es que en su corta historia fué  
superior en virtud al ciudadano,  
y para atestiguarlo estás ahí,  
sombra a la sombra del ombú, en diálogo  
con otra sombra como tú inmortal;  
sobre las frentes los amargos ramos  
que queríais por único laurel.

Ciro Alegría

## UNA LECCION DE HUDSON

Leer a Hudson es para mi saber lo que amo, acercarme a los temas de mi preferencia con alegre naturalidad, pues su prosa, aprendida en principio de la espontánea belleza de los campos y estilizada según el secreto don personal del artista, los brinda con netos e iluminados trazos.

De este gran Guillermo Enrique Hudson que tiene, entre otros sobresalientes valores, el de ser un narrador de palabra exacta y ojo baqueano, me placen especialmente *La tierra purpúrea* y *Mansiones verdes*. He aquí su novela de la selva donde el personaje central es una extraña mujer-pájaro que no resulta grotesca sino, por el contrario, adorable. Tal creación constituye en sí un hazaña literaria de primer orden, explicable como arquetipo de los melodiosos seres que amaba Hudson, lograda mediante una poderosa capacidad de escritor. Y dentro del libre encanto de la lectura, que deja de lado la lógica analítica de rigor, *Mansiones verdes* parece uno de esos gratos milagros que suelen ocurrir de tiempo en tiempo dentro de los linderos de la creación estética. Lo es al fin y al cabo.

Más fué del sencillo a la par que realista relato llamado "El ombú", pieza maestra donde lo gaucho es espíritu y no ornamentación, que yo recibí una de las más claras y provechosas lecciones de mi carrera literaria. Contaré como sucedió.

Había leído que "El ombú" era considerado como uno de los relatos ejemplares de la literatura inglesa y me dí a la tarea de buscarlo. Tropecé con él en una colección de prosas sobre Argentina. La traducción era sin duda exacta, pero tratando de dar mayor co-

lor típico al lenguaje del gaucho que narra los azares de la estancia "El ombú, estaba presentada en la jerga campera más tartajosa. Quedé con la impresión de que se trataba de una obra valiosa que perdía más de lo corriente con la traducción. Días después, refería mi experiencia a Enrique Espinoza, quien me facilitó varias obras de Hudson. Un pequeño libro contenía el mismo relato. Lo leí varias veces.

"El ombú" no perdía nada con la eliminación del léxico bárbaro. Antes bien: ganaba en gracia, en naturalidad, en universalidad. Notábase a la legua que era un gaucho vibrante de alma criolla el que hablaba aunque no lo hiciera comiéndose la mitad de las palabras o ligándolas arbitrariamente entre sí. Entonces comprendí más ampliamente que el americanismo en nuestra literatura debe residir en el contenido y la actitud de los personajes y no en los detalles fácilmente pintorescos que son, si bien se mira, accesorios. Comprendí también que toda la obra de Hudson debe ser considerada en primer término dentro de la literatura americana pues, pese al hecho de estar escrita originalmente en otra lengua, es por sustancia y raigambre de lo más firme con que podemos contar.

Por ese tiempo había escrito ya dos de las tres novelas que llevan mi firma y los problemas inherentes a mi trabajo me punzaban a menudo. Aunque sin caer en extralimitaciones, yo era también bastante aficionado a los regionalismos externos, siendo igualmente cierto que no caía en la puerilidad de superestimarlos y trataba de fundamentar mi obra en otros materiales básicos. Ya en el nuevo camino, que era quizá el mismo que traía pero aclarado y más recto hacia sus objetivos, escribí *El mundo es ancho y ajeno*. No pongo este libro como ejemplo general ni tampoco he de defenderlo de baratas agresiones. En todo caso es solamente un ejemplo de mi evolución.

Mirando panorámicamente encontraremos que la literatura llamada "americana" por los críticos de factura corriente, —críticos que han ignorado siempre a Hudson y continuarán ignorándolo por muchos años todavía— padece de una suerte de hipertrofia de lo

pintoresco. En ella, a menudo, tiene más importancia el tintinear de las espuelas que el estado de alma del hombre que las lleva. No se ve claro el paisaje porque no se logra desentrañar su sentido y además está descrito en los más convencionales términos de la comarca. La conversación de los hombres es una exhibición de modismos antes que una afloración natural de la conciencia.

Me he dado a la tarea de examinar muchas piezas de nuestra literatura, inclusive algunas consideradas como grandes obras, y he visto que si se les quita el atuendo paramental o si se las traslada al lenguaje corriente, se debilitan y mueren. Es que carecen de sustancia y su interés es uno muy precario conseguido a fuerza de localismos de todo jaez. Sin duda un poncho de colores es muy hermoso pero él debe cubrir algo más consistente que un espantapájaros. Decir *guagua* tendrá tal vez más colorido local que decir niño, pero de lo que se trata artísticamente es que un niño esté latiendo ahí y ello sea percibido por todos. Los ejemplos podrían prolongarse sin término. Resumiendo el conflicto, o mejor dicho acentuándolo yo pregunto: Se puede llamar arte grande a uno que todavía no supera la técnica del narrador folklórico que es entendido solamente por el círculo de su tribu?

Con todo esto no quiero decir que debemos suprimir de nuestra obra lo verdaderamente característico que tiene la vida americana, escribir en un lenguaje académico o hacer hablar a los campesinos como doctores. Lo peculiar de cada sector nacional es precisamente lo que da multiplicidad y riqueza a la vida universal y haremos bien en mostrar lo que somos. En cuanto al léxico, bien sé por experiencia propia que hay palabras americanas que son insustituíbles —en este mismo artículo quedan algunas—, y giros y expresiones que pertenecen ya al genio de nuestros pueblos. Pero todo ello debe ser captado y estilizado con sentido artístico, entendiendo que la misión del artista es la de depurar los materiales para arquitecturar con ellos una obra de creación. Hasta ahora, la mayoría de los literatos latinoamericanos creen hacer "americanismo" ofreciendo tre-

## BABEL

mendos galimatías en forma de fieles copias de lo estropajoso, de lo chillón y de lo basto.

Guillermo Enrique Hudson, al escribir en inglés sobre temas americanos, no apeló a ninguno de los recursos en boga para realizar obras llenas de carácter. Sin duda por eso mismo, el contenido americano de sus páginas fulge con una luz más pura.

Esta es una de las lecciones que puede ofrecernos cada día el hombre que vivió *allá lejos y hace mucho tiempo*.

Nueva York, julio 6 de 1941.

## ANTOLOGIA INEDITA DE HUDSON

UNA LIBRERIA DE VIEJO EN BUENOS AIRES

En los remotos días de mi niñez y primera juventud mi mayor placer estaba en la naturaleza y cuando abría un libro era para encontrar algo acerca de ella, especialmente cualquier expresión de los sentimientos que producía en nosotros, en mi caso, inseparables del ver y del oír, y por tanto de suma importancia en la vida. Cómo no experimentar en sí esa misteriosa satisfacción enaltecedora viendo la tierra, el agua, el cielo, los seres animados o inanimados. A su debido tiempo descubrí que aquello que buscaba en los libros se hallaba sobre todo en la poesía; que media docena de versos con verdadero sentido poético de la naturaleza, me complacían a menudo más que todo un volumen en prosa sobre el mismo tema. Por desgracia, esta clase de literatura faltaba en mi primer hogar en las entonces semisalvajes pampas. Había unos doscientos volúmenes en los estantes, —teología, historia, biografía, filosofía, ciencias, viajes, ensayos y algunas olvidadas novelas, pero no libros de versos, excepción hecha de un pequeño volumen de Shenstone, raído y sin cubiertas. Lo leí y releí hasta que la brillante Roxana que danzaba sobre el césped o la lágrima llorada por la gentil Delia ante la idea de la muerte que podía sobrevenirle al triscador cabrito, me enfermaban.

Para mi mente inculta, pues nunca fuí a la escuela y viví siempre al aire libre junto a los pájaros y las bestias, aquello parecía intolerablemente artificioso; pero yo estaba en la situación del hambriento que no tiene delante de sí más que bazofia y come para matar su hambre, algo abominable cuyo gusto confunde con el ape-

tito. Desde aquellos lejanos días nunca dejé de sentir esa vieja sensación de náusea frente a cualquier cosa de Shenstone, a veces sólo a la vista de su nombre impreso o pronunciado. Si no hubiese conocido más que a Shenstone, de seguro mi gusto por la poesía no sobrevive; pero afortunadamente había muchos fragmentos, algunos bastante largos, de otros poetas en varios volúmenes de la biblioteca y éstos mantuvieron despierto mi apetito. Ahí estaba la *Filosofía* de Brown por ejemplo, y Brown gustaba ilustrar sus asuntos con citas poéticas interminables. Su inconveniente único para mí era que estaban casi exclusivamente sacadas de Akenside, que no era "rural". Pero había también libros que contenían citas distintas y de todos estos pasajes los que más me agradaban eran las descripciones de cosas vistas u oídas en el campo.

Un día, durante una visita a la ciudad de Buenos Aires, descubrí en una callejuela, hacia la parte sur de la población, una librería de lance atendida por un viejo alemán de anteojos, oliendo a rapé en su largo y sucio abrigo negro. Lo recuerdo bien porque fué para mí un personaje importantísimo. Era el suyo el primer negocio de tal clase que tuve ocasión de conocer —dudo de que hubiera otro en la ciudad; y era una nueva y deliciosa experiencia hurgar una hora seguida entre esa masa de libros viejos, amontonados sobre tablas o en el suelo de ladrillo. En su mayor parte los libros estaban en español, francés y alemán; pero había también algunos en inglés, entre los cuales descubrí *Seasons* de Thomson. Recuerdo el estremecimiento de alegría que me produjo sacar el pequeño y fino volumen en octavo, encuadrado en suave becerro. Fué el primer libro en inglés que compré y aún ahora cuando veo un ejemplar de *Seasons* en una librería, lo que me sucede con frecuencia, me cuesta contener la mano y resitir la tentación de tirar unos chelines y llevármelo. Si los chelines no se necesitáran para el pan y el queso, tendría a la fecha una pieza llena de tales ejemplares.

Pocos libros me han dado más placer y como todavía vuelvo a "Las Estaciones" de cuando en cuando, no creo que vaya a dejar

de sentirlo jamás, a despecho de haber comprobado al hablar por primera vez con lectores de poesía en Inglaterra, que Thomson no se leía ya porque era ilegible.

(De Afoot in England)

#### DOS CASAS BLANCAS: UN RECUERDO

No existe ninguna relación entre las dos casas de este antiguo recuerdo, fuera de que ambas eran blancas, situadas sobre el mismo camino y de un mismo lado, con cierto retiro, en terrenos hermosamente sombreados por viejos árboles. Se trataba del gran camino del sur que conduce de la capital argentina, Buenos Aires, a la vasta llanura ganadera de las pampas, donde nací y fuí criado.

Desde luego, para la mente infantil era una aventura extraordinaria llegar de aquellas inmensas y dilatadas llanuras donde se vivía en un medio rudo con los gauchos semibárbaros como únicos vecinos, a la gran ciudad civilizada, llena de gente y de cosas extrañas y hermosas para ver. Y para tocar y experimentar. De modo que, cuando yo, niño aún, y mis hermanos y hermanas éramos llevados de visita a la ciudad, nuestra excitación iba creciendo a medida que nos acercábamos al final de un largo viaje que, por lo común duraba dos jornadas durante las cuales sólo se veían: carretas de bueyes, carruajes y hombres a caballo por el ancho camino ardiente y polvoriento, además de casas, montes y huertas de ambos lados... Así fué como llegamos a conocer las dos casas blancas y nos sentimos atraídos por ellas que con su blancura y verdor sombrío eran hermosas, frescas y tranquilas, al punto que hubiéramos deseado poder habitarlas.

Estaban bien fuera de la ciudad, la más próxima a unas dos millas de la vieja muralla de los fuertes del sur; la otra, dos millas más lejos aún. Esta última, por ser la más retirada, era la que encontrábamos primero en nuestros viajes a la ciudad. Tenía el edificio un aspecto algo peculiar con su galería sostenida por colum-

nas pintadas de verde, con su torre alta y cerca de ella un gran palomar con una nube de palomas volando en su alrededor, por lo que decidimos llamarla la Casa del Palomar. La otra, era más sencilla con columnas blancas a los costados y delante de cada columna un gran cañón clavado en tierra por la parte posterior. A ésta la llamamos la Casa del Cañón. Pero acerca de quienes habitaban las dos casas nadie supo informarnos en lo más mínimo.

Cuando tuve la edad suficiente para cabalgar como cualquier adulto y hacía mis visitas a la ciudad a caballo, tuve una vez por compañeros de viaje a tres jóvenes; el mayor, de unos veintiocho años, los otros dos, de no más de diecinueve y veintiún años respectivamente. Yo aguardaba con ansia la primera casa blanca, y cuando estuvimos cerca de ella exclamé: "Estamos por llegar a la Casa del Palomar, vayamos despacio y contemplémosla".

Sin decir palabra, todos se detuvieron y durante unos minutos contemplamos la casa en silencio. Entonces el mayor de los tres dijo que si él fuera rico compraría esa casa y se pasaría el resto de su vida muy feliz en ella, a la sombra de sus viejos árboles.

¿En qué —preguntaron los otros— consistiría tu felicidad, dado que un ser racional debe tener algo más que un refugio contra la intemperie y un árbol que lo proteja del sol para ser feliz?

Contestó que después de conseguir la casa recorrería todo el país en busca de la mujer más hermosa para casarse con ella y pasar sus días y años adorando su belleza y su encanto.

Los otros dos jóvenes acompañantes rieron burlonamente. Luego uno de ellos, el menor, dijo a su vez que él también si fuera rico, compraría la casa, pues no había visto ninguna tan apropiada para el estilo de vida que le gustaría hacer: una vida en compañía de los libros. Pediría a Europa todos los volúmenes que deseara leer y llenaría la casa con ellos y se pasaría los días dentro, a la sombra de los árboles, leyendo siempre desde la mañana a la noche, sin dejarse perturbar por los negocios, la política y las revoluciones del país, ni por los acontecimientos del resto del mundo.

Asimismo se rieron mucho de él. Por fin el último de los tres dijo

que no compartía aquellos ideales. Le gustaba más el vino y si fuera dueño de una gran fortuna se compraría la casa y mandaría pedir a Europa, no libros ni una bella esposa, sino vinos, de las mejores clases, embotellados y en barriles y llenaría los sótanos. Sus vinos selectos atraerían espíritus igualmente selectos para ayudarle a beberlos; tendrían su mesa a la sombra de los viejos árboles y allí se sentarían a disfrutar del vino. Sería la reunión más alegre, ingeniosa, sabia y elocuente de todo el país.

Se rieron de él, encontrando despreciable su ideal, y enseguida nos pusimos de nuevo en marcha.

No pensaron en plantearme la cuestión a mí, porque yo era sólo un chico, mientras ellos eran hombres; pero por mi parte había escuchado la conversación con tan intenso interés que ahora al recordar la escena, puedo ver la exacta expresión de sus rostros quemados por el sol y oír el timbre preciso de sus voces y risas. Yo conocía a todos ellos íntimamente y sabía que manifestaron con sinceridad sus distintos conceptos de una vida feliz sin preocuparse de la burla del prójimo: Me agradó sobremanera que fueran como yo sensibles a los encantos de mi Casa del Palomar, donde un hombre, cualquiera que fuera su gusto individual, podía encontrar una morada para ser feliz.

En tanto, el tiempo seguía su curso, como gustaban decir los libros de cuentos de antes de que nosotros nacióramos, y yo conservaba todavía el viejo hábito de detener mi caballo frente a cada una de las dos casas en mis viajes, lo mismo de ida a que de vuelta de la ciudad.

Una tarde al pasar frente a la Casa del Cañón ví a un viejo vestido de negro con el pelo blanco como la nieve y las patillas cortadas al antiguo, antiguo estilo sobre su cara de un gris ceniciento, inmóvil junto a uno de los cañones y mirando a lo lejos. Sus ojos eran de color azul, el azul vago y tenue de un viejo cansado. Parecía no haberme visto siquiera cuando pasé a pocas yardas de él porque estaba mirando algo a la distancia, muy lejos. Supuse que fuera un residente, quizás el dueño de casa. Era la primera vez que veía

a alguien allí. La vista del viejo me impresionó tan profundamente que no pude apartar su imagen de mi pensamiento y hablé de ello a mis conocidos de Buenos Aires. Pronto di con alguien que pudo saciar mi curiosidad. Me dijo que el viejo que yo había visto era el Almirante Brown, un inglés que muchos años antes se había puesto al servicio de Rosas, mientras Rosas estaba en guerra con la vecina República del Uruguay, y que había llevado a cabo el sitio de la ciudad de Montevideo. Garibaldi, que pasaba los años de su destierro de Italia en la América del Sur, peleando como de costumbre cada vez que se presentaba la ocasión, voló en ayuda del Uruguay. Como adquiriera mucha fama de guerrero naval fué nombrado jefe de la fuerza de mar de la pequeña República tal como era. Pero Brown era mejor guerrero y no tardó en atrapar y destruir los barcos de su enemigo. Garibaldi mismo tuvo que huir para regresar después al viejo mundo y seguir allí su antigua lucha contra Austria.

Una vez retirado, el viejo Almirante Brown edificó esta casa o la recibió de manos de Rosas, que según se me dijo, sentía mucho afecto por él. Entonces obtuvo también los dos cañones de una de las naves que había capturado y los plantó a la entrada principal de la casa.

Al poco tiempo de mi única visión del viejo Almirante, éste murió. Y he pensado que cuando lo ví de pie en la puerta de su casa mirando por encima de mí, a lo lejos, estaba aguardando a algún mensajero anunciado, una figura negra adelantándose rápidamente hacia él con un sable desenvainado en la mano.

Aunque parezca raro, no tardé tras esta visión del viejo en la puerta, en ver asimismo por vez primera a un ocupante de la Casa del Palomar. Fué mientras cabalgaba lentamente frente a la misma que ví salir de su puerta principal a una señora joven, bonita y muy pálida, vestida de riguroso luto. Tenía una taza en la mano y después de alejarse un corto trecho de la casa, llamó a las palomas y éstas se lanzaron en masa a sus pies para ser alimentadas.

Algunos meses más tarde, de paso, ví de nuevo a esa misma se-

ñora cuando se estaba acercando a la puerta mientras yo pasaba a caballo y esta vez la observé de cerca, pues se dió vuelta para mirarme, contrariamente a lo que hizo el viejo. Tenía el rostro sumamente pálido y sus grandes ojos eran los más tristes que jamás he visto.

Esta vez si fué la última que la contemplé. En adelante, ningún ser humano se apareció más a mis ojos en torno a la casa durante cerca de dos años. Al fin, un caluroso día de verano pude ver allí a tres personas que parecían sirvientes o caseros, sentados a la sombra de los árboles, a alguna distancia de la casa y tomando mate, el té del país.

Esta es una oportunidad que no hay que dejar escapar —pensé; una oportunidad largamente esperada. Dejé pues mi caballo a la puerta y me acerqué adonde estaban y con la mayor delicadeza les dije que no era, como podían quizás imaginarse, un amigo o pariente que regresaba de la guerra, sino una persona completamente extraña, un viajero del gran camino del sur, que tenía sed y calor y que al verlos sentados descansando en esa sombra agradable me había tentado a importunarlos con mi presencia.

La mujer me recibió con sonrisas y un torrente de palabras de bienvenida además de la esperada invitación para que me sentara a tomar el mate con ellos. Era una mujer muy grande, muy gorda y muy morena, con ese color rojizo o caoba, que con los ojos negros y el pelo igualmente negro y áspero se da en las personas de sangre mestiza: iberindígena. Me pareció de unos cincuenta años de edad. Y era tan locuaz como guarda y morena. Derramó en mi o mejor dicho sobre mí, como agua caliente y grasosa tal flujo de palabras que me ví obligado a tener la vista fija en ella, de modo que me resultaba imposible prestar atención a los otros dos acompañantes. Uno era español y también moreno, pero de un matiz distinto: un hombre esquelético con una cara espectral, vestido con ropas viejas de trabajador y unas botas cubiertas de polvo; sus manos estaban asimismo muy sucias. La otra persona era su hija, como la llamaban, una chica de unos quince años con la piel muy blanca y rosada, ras-

gos regulares, hermosos ojos grises y cabello castaño claro. El tipo perfecto de la muchacha inglesa bonita que uno encuentra en todo cottage de los Midlands o en cualquier otro lugar de Inglaterra.

Los dos estaban callados; pero finalmente, durante una de las breves pausas de la mujer gorda, la chica habló en un español sin el menor rastro de acento extranjero, con una voz apagada y agradable sólo para decir algo respecto de la huerta. Extrañamente seria, parecía ansiosa de hacerles comprender que algunos canteros de legumbres que cultivaban debían regarse aquel mismo día, pues de lo contrario la sequía y el calor los malograrían. El hombre gruñó y la mujer dijo que sí una docena de veces. Entonces la muchacha nos dejó para dirigirse a la huerta y la mujer gorda continuó su cháchara. Una o dos veces intenté hacerle decir algo acerca de su hija, como la llamaba, pero sin responderme pasaba enseguida a otro asunto. Ensayé una treta y le dije que en cierta ocasión había visto allí a una mujer joven y hermosa, vestida de luto, dando de comer a las palomas. Al punto, me respondió con bastante espontaneidad contándome toda la historia de aquella mujer.

Dicha señora pertenecía a una buena y rica familia de la ciudad. Era hija única y perdió a sus padres siendo muy joven. Bonita y de carácter alegre, toda la sociedad la mimaba. A los dieciséis años se comprometió con un joven que también era de buena y rica familia. Después de comprometerse, el novio se fué a la guerra del Paraguay y al cabo de una ausencia de dos años durante los cuales se había distinguido en el campo de batalla y ganado el grado de capitán, volvió para casarse con ella. La joven lo aguardaba en su propia casa con ansia gozosa de recibirlo cuando llegara en su coche. Al verlo corrió al portón para darle la bienvenida. El a su vez, saltó del coche y se fué rápidamente hacia ella con los brazos abiertos; pero bruscamente los alzó cuando sólo faltaban unas yardas para abrazarla y cayó al suelo, muerto. El golpe fatal en este instante de suprema felicidad para ambos, era más de lo que ella podía soportar. Le produjo una fiebre cerebral de la que aún en el caso de sanar, —según se dijo—, quedaría trastornada. Pero no ocurrió así.

Sanó sin perder la razón, pero transformada en un ser muy distinto de la chica feliz de otros tiempos, amiga de la sociedad, del lujo, de los placeres: llena de vida y de alegría. “Ahora es la tristeza misma y continuará llevando luto hasta fin de su días pues prefiere siempre la soledad. Antaño, la gustaba visitar esta vieja casa construída por su abuelo cuando aún había pocas casas en el lugar; pero desde su desgracia solo ha estado una vez en ella. Fué cuando la vió Ud. mientras ella pasaba unos meses en retiro absoluto. Hasta me había prohibido que me acercara o sentara a su lado o le hablara. Imagínese esto. No se preocupa siquiera de sus propiedades. Nos permite vivir aquí gratuitamente para cultivar legumbres y criar aves para el mercado. Es lo que hacemos para ganarnos la vida; mi marido y nuestra hijita se ocupan de estas cosas, en tanto que yo cuido la casa”.

Al llegar al término de este largo relato, me levanté y tras de agradecerle su hospitalidad, me retiré. Pero el misterio de la niña blanca, de voz suave y ojos grises, continuó obsesionándome y me hice el hábito de detenerme en la Casa del Palomar en cada uno de mis viajes a la ciudad, siendo recibido siempre, por así decirlo, con los brazos abiertos por la mujerona gorda. Pero también para desilusionarme siempre.

Por lo general, podía verse a la chica invariablemente tranquila sin una sonrisa, silenciosa o hablando en español con esa voz de suavidad tan poco española, sobre algún asunto práctico referente a la huerta, el gallinero o algo por el estilo. Yo no estaba enamorado de ella pero sentía una extraordinaria curiosidad por saber quién era en verdad y cómo llegó a convertirse en “hija” o caer en manos de gente tan distinta. Porque lo cierto es que su caso era uno de los más raros de aquella primera época de mi vida. Después me han ocurrido a mí mismo sucesos más extraños. Pero entonces estaba en la edad en que las cosas extrañas ejercen una gran fascinación y deseaba llegar hasta el fondo del misterio. Sin embargo, todo fué inútil; la mujer gorda sospechaba sin duda el motivo que me inducía a visitarla, a tomar mate con ella y escuchar su conversación,

pues cada vez que yo tanteaba el terreno, mencionando a su hija con la esperanza de hacerla hablar del asunto, cambiaba rápida y hábilmente de tema. Por último, al ver que perdía el tiempo, dejé de visitarla; pero hasta hoy lamento haberme dado por vencido.

Y ahora una vez, más durante dos o tres páginas, debo volver a la casa blanca *bermana*, para despedirme de ambas.

Pues sucedió que mientras avanzaba en mi investigación del misterio de la Casa del Palomar, la casualidad me llevó a la Casa del Cañón. Todo fué así: cuando el viejo Almirante cuya imagen espectral me obsesionaba, recibió su mensaje y desapareció de la escena, la casa fué vendida a un viejo residente inglés de la ciudad, que durante treinta años estuvo entregado a un comercio cualquiera hasta reunir una pequeña fortuna. Entonces creyó llegado el tiempo, mejor dicho, su mujer y sus hijas se lo sugirieron, de abandonar tanto trajín e irse a vivir a la casa recién adquirida. Las hijas eran dos muchachas altas, delgadas, graciosas; la mayor, morena y pálida y de cabello negro como su viejo padre de Cornualles; la otra, era rubia de piel rosada y de carácter bullicioso y alegre. Dió la casualidad de que estas muchachas fueran amigas de mis hermanas y así fué que yo llegué a ser también un visitante ocasional de la Casa del Cañón.

Por aquel tiempo un suceso extraño transformó aquella casa en triste y doliente durante largos meses, casi dos años. A las chicas les gustaba cabalgar y una tarde que no había en la casa ninguna visita o persona que pudiera acompañarlas, la menor dijo que daría un paseo y se hizo ensillar su caballo. Su hermana, de temperamento algo tímido, trató de disuadirla. No quería que se alejara sola por el gran camino. Pero ésta le contestó que sólo iría a galopar un poco, una milla más o menos y que luego volvería. Inquieta aún, la acompañó hasta el portón y le dijo que aguardaría allí su regreso.

A cosa de media milla de distancia, el caballo, un animal muy brioso, se asustó de algo y se desbocó sin arrojar a su jinete. La hermana que estaba esperándolos vió venir al caballo a gran velocidad y al jinete agarrado del lomillo de la montura. Como un rayo le

asaltó la idea de que a menos de detener al caballo antes de que fuera a estrellarse contra el portón, su hermana se mataría. Adelantándose pues unas treinta yardas del mismo, saltó a la cabeza del caballo mientras éste pasaba corriendo y pudo asirse a las riendas y retenerlas firmemente no sin ser arrastrada un trecho de dos o tres yardas más allá del portón, donde el caballo al fin fué detenido. Pero en ese mismo instante sus manos se aflojaron y cayó desmayada.

Había hecho algo maravilloso, casi increíble. Yo he tenido caballos que se han desbocado conmigo mientras los montaba y he visto muchas veces caballos desbocados. Y toda persona al tanto de tal cosa y conocedora del caballo —de su fuerza y del ciego y loco terror que se apodera de él a veces— estará de acuerdo conmigo en que sólo a riesgo de su vida, aún un hombre fuerte y ágil puede intentar detener a un caballo desbocado.

Todos dijimos que ella había salvado la vida a su hermana y admiramos enormemente su hazaña, si bien parecía que iba a pagarla con su propia vida, porque a partir de aquel día empezó a decaer en tal forma que a los tres meses parecía un espectro más que un ser de carne y hueso. Su vitalidad la abandonada de tal modo que carecía de la fuerza necesaria para atravesar las habitaciones a causa de aquel acto tan poco natural, casi sobrenatural. Se pasaba los días acostada en un canapé, hablando cuando se veía obligada a hacerlo con un cuchicheo, los ojos hundidos, la cara pálida hasta en los labios. Subrayaba esta palidez la masa suelta de su cabellera de ébano a su alrededor.

Pocos médicos ingleses o nativos quedaron sin ser llamados en consulta sobre el caso. Y a pesar de todo ninguna mejoría, ningún retorno a la vida, sino un lento deslizarse hacia el fin. Pero en una última consulta ocurrió lo siguiente: cuando ésta había terminado y los médicos fueron invitados a pasar a una habitación contigua donde se les había preparado algunas bebidas refrescantes, el padre de la muchacha habló con el más joven y menos conocido de los médicos consultados y le pidió que le dijera sinceramente si no queda-

ba ninguna esperanza. El médico le contestó que no debía perder toda esperanza siempre que —y aquí se interrumpió para decir después. “Por mi parte, como usted ve, soy un hombre joven, un principiante en mi profesión con poca experiencia y en verdad no sé como he sido llamado a esta consulta con hombres más viejos y más sabios. Naturalmente, mi tímida opinión apenas ha merecido acogida”.

Al fin, idos todos los médicos menos el de cabecera éste informó a los angustiados padres que no era posible salvar la vida de su hija, a lo que el jefe de la familia dijo que él no perdía la esperanza y que llamaría a otro médico. El viejo doctor Wormwood al oírlo tomó su bastón de cabeza bronceada y se mandó cambiar, lleno de ira. Entonces fué llamado el joven médico desconocido. La enferma era ya tratada con drogas que contenían arsénico; pero el médico nuevo además de leche como único alimento le dió arsénico sin mezcla, aumentando la dosis enormemente a tal punto que la paciente ingería en un día o dos una cantidad suficiente para matar a una persona sana. El resultado fué que al cabo de una semana o poco menos el decaimiento fué detenido; en tal estado, próximo al derrumbe, continuó algunas semanas; luego imperceptiblemente empezó a restablecerse, poquito a poco, de manera que pasaron algunos meses hasta que se compuso del todo. Pero fué una curación completa; recuperó todo su antiguo vigor y volvió a salir a caballo todos los días en compañía de la que había salvado.

No mucho tiempo más tarde las dos hermanas se casaron y automáticamente puse fin a mis visitas a la Casa del Cañón.

Ahora las dos Casas Blancas no son más que un recuerdo revivido por un momento para desvanecerse con rapidez de nuevo en el olvido, algo visto hace mucho tiempo y allá lejos, en otro hemisferio. Son como dos rocas blancas divisadas desde el barco al comienzo del viaje y contempladas con extraño interés lo mismo entonces que cuando quedaron lejos hasta perderse de vista a la distancia.

De *A Traveller in Little Things*.

## BRUNO LOPEZ O LA SOLEDAD...

No resisto la tentación de evocar un viejo recuerdo, un episodio de mi juventud en las pampas; pues, no sólo me parece una historia digna de ser relatada, sino también el mejor ejemplo de cuantos conozco sobre el poder de asociación que puede tener el canto de un pájaro. Esto en ninguna parte se siente mejor que en la soledad del desierto, sobre todo, cuando estamos solos en medio de una naturaleza salvaje e inculta que despierta en nosotros el animismo latente.

Me hallaba en casa de un gaucho, durante un baile, y al entrar en una pequeña habitación contigua a la gran sala donde el baile estaba en su apogeo, encontré unos doce o catorce hombres, gauchos todos, discutiendo acaloradamente sobre qué vida era más conveniente al hombre: la de la frontera y el desierto o la de los distritos poblados donde hay seguridad y compañía humana. Alguien sostuvo que la vida peligrosa y de aventura en la frontera era la mejor para un hombre, pues le enseñaba a confiar siempre en sí mismo y desarrollaba en él todo el poder y la astucia de que era capaz. Le hacía ligero para ver el peligro, para huir a tiempo o para castigar antes de ser castigado; estar listo para cualquier emergencia y, sobre todo, para cuidar como es debido a sus caballos. Hacía de él un hombre, un gaucho, orgulloso de su destreza y de su energía. El sabor de tal vida era preferible a cualquier otra.

Entonces siguió el alegato que tanto me impresionó, de la parte contraria por boca de un hombre que yo conocía, llamado Bruno López. Era un hombre de edad mediana, jugador y pendenciero y con su pizca de rufián; pero, a pesar de sus defectos algo había en él que hacía que la gente lo quisiera. Cuando no le daba por pelear, era muy chacotón y se conquistaba el cariño de todo el mundo.

Dijo que conocía mejor que nadie la vida de la frontera y del desierto pues se había pasado muchos años allá; en varias ocasiones tuvo que huír de la justicia por algún accidente o desgracia que le

había ocurrido; pero nunca fué feliz en el desierto. Sentíase bastante contento mientras andaba a caballo o mientras tenía algo que hacer; podía soportar el frío, el hambre, la sed y la fatiga como el mejor. Pero cuando terminaba los trabajos del día y se veía solo bajo el cielo del desierto o en un rancho de las llanuras, sin compañía de amigo, mujer o hijo, sentía la soledad. La sentía sobre todo al ponerse el sol, cuando las sombras se extendían sobre la tierra; de uno y otro lado, hasta donde abarcaba su vista, todo era un desierto de altos pastos sin techo humano ni humo de hogar. En aquel momento, con la puesta del sol, una perdiz grande silbaba desde los pastos y otra contestaba a su llamado; y luego otra hasta que de todos los confines de la llanura llegaba un eco de respuesta. ¿Qué había en la voz de esa ave que apesadumbraba su corazón hasta el punto de que sentía ganas de echarse al suelo boca abajo y llorar como una mujer? ¿Acaso porque una voz le decía que estaba solo?

El ave a que se refería el gaucho era el tinamú bermejo, llamado vulgarmente perdiz grande a causa de su parecido superficial, de forma y color, con la perdiz; un ave del tamaño de una gallinácea con una voz muy hermosa; su canto del atardecer se compone de dos notas claras y prolongadas, seguidas de una nota trisilábica o de una frase de tres notas fuertemente acentuada en la primera, con un dejo de contralto humano en el que reside su peculiar belleza. Supongo que era esta característica la que hallaba tanto eco en él y le producía esa desesperación divina que hacía brotar lágrimas en su corazón. En efecto, sus palabras eran casi las del poeta cuando dice de tales lágrimas: "Yo no sé lo que significan".

Me impresionó pues poéticamente; pero echó a perder el efecto cuando para rematar su relato, inclinó la cabeza hacia atrás, y, redondeando sus labios, intentó imitar silbando el canto vespertino del pájaro. Fué una falla ridícula que nos hizo reír sin querer. Sus palabras ya habían traído a nuestra mente el recuerdo de esa voz del desierto que nos era familiar a todos, aunque no había ninguna perdiz de esa clase a menos de doscientas millas del poblado donde

estábamos pasando la noche. Porque el tinamú de hermosa voz desaparece cuando el ganado y sus dueños acaban con los altos pastos y matan a los pájaros para comérselos en el puchero. Es esencialmente un ave de las llanuras desiertas, y por eso al gaucho que parte a la frontera dice que se va al desierto *donde canta la perdiz*.

De A Hind in Richmond Park.

### SUMARIO DEL N.º 13

LUIS FRANCO	Walt Whitman, el pionero
ERNESTO MONTENEGRO	Oh Capitán! Mi Capitán! (versión)
ENRIQUE ESPINOZA	La Escuela de Sarmiento
E. MARTINEZ ESTRADA	Hernández y Hudson
MANUEL ROJAS	Ensayo de la mañana
CIRO ALEGRIA	Impresión de Mariátegui
HORACIO QUIROGA	El soldado (obra póstuma)

### SUMARIO DEL N.º 14

SIDNEY HOOK	Anatomía del Frente Popular
MANUEL ROJAS	Deshecha rosa (poema)
LUIS FRANCO	Participación argentina
ENRIQUE ESPINOZA	La Escuela de Sarmiento, II
LAIN DIEZ	Renta, Selección, Aptitud
JEF LAST	Testimonio holandés
LEOPOLDO LUGONES	A los republicanos españoles

### SUMARIO DEL N.º 15-16

LEON TROTSKY	Retrato y autógrafo
ENRIQUE ESPINOZA	Los escritores frente a León Trotsky
LUIS FRANCO	Vida y muerte de Trotsky
ERNESTO MONTENEGRO	Trotsky, maestro de conciencias
CIRO ALEGRIA	Perfil de un revolucionario
MANUEL ROJAS	El último combatiente
EDMUND WILSON	Rol de Trotsky en la historia
JAMES T. FARRELL	Tributo al gran Viejo
DWIGHT MACDONALD	Intento de apreciación

### SUMARIO DEL N.º 17

J. S. GONZALEZ VERA	La voz en el desierto
JUVENCIO VALLE	Canto de amor
LUIS FRANCO	El genio gaucho
HERNAN GOMEZ	Aprendizaje campero
ENRIQUE ESPINOZA	El diario, la revista, el libro
HECTOR RAURICH	Alternativa histórica
MORTON DAUWEN ZABEL	Un poeta en el Capitolio.

FABRICACION CHILENA

Suscríbese a la revista

# b a b e l

Director: Enrique Espinoza

## EN CHILE:

Precio del número . . . . . \$ 5.00  
Suscripción a 6 números . . 25.00

## FUERA DE CHILE:

Precio del número . . . . . 0,20 oro/a  
Suscripción a 6 números 1 dólar  
En la Argentina . . . . . 1.00  
Suscripción a 6 números . . 5.00  
En los Estados Unidos . . . 0.20  
Suscripción a 6 números . . 1 dólar

Con este número vencen todas las suscripciones a BABEL. Por tanto, se ruega a quienes tengan interés en continuar recibiendo la Revista que remitan el importe correspondiente a nombre del:

**DIRECTOR DE BABEL**  
DELICIAS 2555, SANTIAGO DE CHILE